

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 206

3. DE FEBRERO DE 1878.

AÑO V.

LA GENERACION ESPONTÁNEA.

A unos cuantos pasos de una diminuta quinta que he construido hace poco tiempo en los Alpes, hay un pequeño lago que se alimenta de las nieves que se derriten en las montañas que le rodean. Durante las primeras semanas del verano no se nota señal alguna de sér vivo en el agua; pero siempre, hácia fines de Julio ó principios de Agosto, se ve una multitud de organismos con cola, que salen á disfrutar de las delicias del sol, y que se ocultan, con un ruido perfectamente inteligible, en lo profundo del lago, á la menor señal de peligro. Durante años no he notado en el lago vestigio alguno ni de una rana oculta, ni del menor fragmento de un renacuajo; tanto, que si no tuviese otra clase de conocimientos, hubiera creido que la conclusion de Matiole era lógica, esto es: que los renacuajos son generados en el lodo de los lagos por la accion vivificadora del sol.

No teniendo presente los ejemplos que sólo la experiencia puede darnos, se creyó durante siglos que era una verdad la generacion espontánea de séres tan elevados en la escala zoológica, como la rana. En esta, como en otras muchas materias, la inteligencia poderosa de Aristóteles impuso sus doctrinas á la generalidad de las gentes. Durante más de veinte siglos despues de él, los hombres no encontraron dificultad alguna en creer en casos de generacion espontánea, que hoy dia se rechazarían como monstruosos aún por los más fanáticos adeptos de esta doctrina. Los moluscos testáceos de todas especies, fueron considerados como sin ascendencia paterna. Las anguilas se supuso que provenian del cieno del Nilo. Las orugas eran un producto espontáneo de las hojas de que se alimentaban, mientras que los insectos alados, las serpientes, los ratones y las ratas eran capaces de nacer sin necesidad del contacto sexual.

La fuente más abundante de estos séres sin antepasados era la carne en putrefaccion, teniendo que admitir, á falta de las pruebas debidas á investigaciones más profundas, la conclusion de que la

carne posee y ejercita este poder generador. Recordaré que cuando era niño de unos diez ó doce años, al ver dividir un pedazo de carne que no habia sido bien salado y salir una multitud de gusanos, deduje, sin dudar un instante, que estos gusanos se habian creado espontáneamente en la carne. No tenia nocion alguna que pudiese poner en duda ó contradecir esta deducion, quedando ésta en aquel tiempo como irrefutable. La niñez del hombre es el tipo de la de la raza humana, no siendo extraño, por lo tanto, que la creencia antes dicha fuese la del mundo cerca de doscientos años.

Al exámen de esta materia se dedicó en 1668 el famoso Francisco Redi, médico de los grandes duques de Toscana, Fernando II y Cosme III. Habia visto los gusanos de la carne en putrefaccion, y reflexionó acerca de su posible origen. Msa no se contentó con solo reflexionar, ni con las teorías é hipótesis de sus predecesores, fundadas en sus imperfectos experimentos: observando la carne desde su estado fresco al de descomposicion, notó infinidad de moscas revoloteando alrededor de ella antes de aparecer los gusanos, y aún parándose á veces en su masa. Los gusanos, pensó, pueden ser la progénie medio desenvuelta de estas moscas.

La sospecha inductiva precede siempre al experimento con que, no obstante, ha de probarse. Redi sabia esto y obró, por lo tanto, segun este conocimiento. Colocando carne fresca en un jarro y cubriendo la boca con papel, se encontró que, á pesar de que la carne se corrompia de la manera ordinaria, nunca daba señales de gusanos, mientras que la misma carne expuesta al aire libre bien pronto se plagaba de estos organismos. Sustituyó, entónces, en vez del papel una gasa por la que podia escaparse el olor de la carne. Por encima de la gasa volaban las moscas y en ella depositaban sus huevos, pero siendo las mallas bastante finas para que los huevos no pudieran caer en la carne, no se enjendró ningun gusano en esta; por el contrario, aparecieron en la gasa. Por medio de una série de experimentos de esta clase, Redi destruyó la creencia de la generacion espontánea de los gusanos en la carne, y, sin duda tambien, otras muchas preocupaciones que se relacionaban con esa creencia.

Pero la invencion y perfeccionamiento del microscópio, aunque dieron el golpe de gracia á mu-

cho de lo que se habia escrito anteriormente y aún creído acerca de la generacion espontánea, mostraron tambien á la investigacion un mundo de vida formado por séres tan diminutos, y, segun parecia, tan próximos á las últimas partículas de la materia, que hicieron pensar en el fácil paso del átomo al organismo. Las infusiones animales y vegetales expuestas al aire libre, se las encontré llenas y rodeadas de séres muy distantes del alcance de la simple vista, pero claros y perceptibles al ojo auxiliado del microscopio. Refiriéndose á su origen, se llamó á estos animales *infusorios*. Las lagunas más infectas estaban pobladas de ellos, y la sencilla dificultad de atribuir á séres tan diminutos un origen espontáneo, como por germinacion en las aguas, dió la condicion necesaria para que se volviese á presentar en juego la nocion de la generacion espontánea ó heterogénea.

Bien pronto se dividió el campo científico en dos bandos hostiles, pudiendo nosotros sólo aludir ligeramente á los jefes de cada uno de ellos. En un lado tenemos á Buffon y Needham, el primero enseñando sus *moléculas orgánicas*, y el segundo admitiendo la existencia de una *fuera vegetativa* especial que juntaba unas con otras las moléculas hasta formar los séres vivientes. En el otro bando tenemos al famoso abate Lázaro Spallanzani, que en 1777 publicó sus investigaciones contrarias á las de Needham en 1748 y consiguió por métodos muy precisos el echar por tierra las convicciones que se fundaban en los trabajos de su predecesor. Llenando sus frascos con infusiones orgánicas, les cerraba el cuello con el soplete, los sujetaba en este estado al calor del agua hirviendo, y despues las exponia á temperaturas favorables al desarrollo de la vida. Las infusiones continuaban inalterables durante meses, y cuando se abrian despues los frascos, no se encontraba rastro alguno de sérs vivos en ellas.

Aquí debo trastornar algo mi método para decir que el éxito de los ensayos de Spallanzani dependió por completo de las condiciones del sitio donde trabajaba. El aire que le rodeaba debía estar completamente libre de los gérmenes más resistentes, pues de otro modo por el procedimiento que siguió, le hubieran indudablemente resultado séres vivos como lo probó despues Wyman. Mas no por esto es ménos valiosa su refutacion de la doctrina de la generacion espontánea; ni tampoco ha quedado destruida por el hecho de haber otros encontrado séres vivos allí donde él no los halló. La refutacion más bien ha quedado probada con estas diferencias. Dados dos experimentos hechos con igual habilidad y con el mismo cuidado, operando en sitios diferentes con las mismas infusiones, de idéntica manera y resultando de uno que

se obtienen séres vivos, mientras que del otro no; la ausencia en un caso, prueba á todas luces que algun ingrediente extraño á la infusion debe haber sido la causa del resultado producido en el otro.

Las botellas cerradas de Spallanzani contenian muy poca cantidad de aire, y como luego se probó que el oxígeno era completamente indispensable para la existencia de la vida, se pensó que la ausencia de ésta, observada por aquel, se podia deber á la ausencia del gas vital. Para disipar esta duda, Schulze, en 1836, medio llenó un frasco con agua destilada á la que habia añadido materia animal y vegetal. Hirviendo primeramente la infusion para destruir los organismos que tuviera, Schulze, introducía diariamente aire en el frasco, haciéndole pasar por una série de matraces llenos de ácido sulfúrico concentrado, en el que se suponía quedarían destruidos todos los gérmenes de vida que existieran en el aire. Desde Mayo á Agosto se continuó este experimento sin que se desarrollase el más minucioso sér vivo infusorio.

Tambien aquí se debió el éxito de Schulze á estar trabajando en una atmósfera relativamente pura, pero aun en ella su experimento dá pocas veces resultados. Los gérmenes pasan sin mojarse y sin destruirse por medio del ácido sulfúrico, á no ser que se ponga el mayor cuidado en detenerlos. Yo, varias veces, al ensayar el experimento de Schulze no he obtenido el éxito que me esperaba, y á otros muchos les ha sucedido lo mismo. El aire pasa en burbujas, por entre los matraces, y para hacer que el experimento sea seguro, es necesario que su paso sea tan lento que haga que todas las materias que en él existan, aun el centro de cada burbuja, toquen en el líquido que las rodea. Si se observa esta precaucion, será tan buena para el efecto, el agua como el ácido sulfúrico. Con el auxilio de una bomba, colocada en una atmósfera sumamente infestada, he introducido aire de ese modo durante semanas enteras por matraces con agua, y despues, por vasos que tenian infusiones orgánicas, sin que apareciesen séres vivos. No se aniquilaron los gérmenes, pero se les interceptó, evitando de ese modo la objecion de que se habia alterado el aire al ponerle en contacto con una materia tan fuertemente corrosiva.

La pequeña memoria de Schübre, publicada en los *Anales* de Poggendorf del año de 1836, fué seguida por otra breve y sustanciosa comunicacion de Schwann en 1837. Como hemos visto, Redi atribuía los gusanos de la carne corrompida á los huevos de las moscas; pero no sabia, ni podia saber, el significado en sí de la putrefaccion. No tenia los medios instrumentales necesarios para llegar á conocer que ella era tambien un fenómeno

relacionado con el desarrollo de los seres vivos. Esto fué lo que se probó por vez primera en la comunicacion á que acabo de referirme. Schwann colocó primeramente carne en un frasco lleno, en una tercera parte de agua, que esterilizó, por decirlo así, previamente por medio de la coccion, y despues, llenó el frasco durante meses con aire enrarecido. Durante todo este tiempo, no apareció ningun moho, ni infusorio, ni putrefaccion; la carne permaneció sin alteracion alguna, y el líquido tan claro como si se le acabase de hervir. Despues varió Schwann su argumentacion experimental sin alterar el resultado. De aquí dedujo que la putrefaccion es debida á la descomposicion de la materia orgánica, á consecuencia de la multiplicacion en su interior de infinidad de organismos. Estos provenian, no del aire, sino de algo que existia en éste, que se destruia por medio de una temperatura suficientemente elevada. No ha habido ningun oponente á la doctrina de la generacion espontánea como Schwann, aunque se ha pretendido recientemente, hace año y medio colocarle, y otros tan opuestos como él, en el bando de los partidarios de esta opinion.

El carácter físico del agente que produce la putrefaccion, nos lo mostró, más adelante, Helmholtz en 1843. Por medio de una membrana separó un líquido capaz de putrefaccion, pero esterilizado, de uno que no lo estaba. La infusion primera permaneció intacta, y por tanto no era el líquido de la masa en putrefaccion lo que ocasionaba esta, puesto que podian mezclarse libremente á través de la membrana, sino algo contenido en el líquido y que la membrana retenia. En 1854 Schroeder y Von Dusch se ocuparon en estas investigaciones, siendo seguidas más tarde por Schroeder solo. Este hábil práctico empleó tapones de algodón en rama para filtrar el aire que introducía en sus infusiones. Alimentados con aire en tales condiciones la mayor parte de los líquidos que podian corromperse, permanecieron en su estado fresco despues de hervirles. Sólo la leche formaba una notable excepcion á esta regla general. Entraba en putrefaccion despues de hervida, aun cuando se la rodease con aire cuidadosamente filtrado. Estas investigaciones de Schroeder nos traen ya al año de 1859.

Con esta fecha se publicó un libro que parecia destruir algunos de los hechos más probados de los investigadores pasados. Se titulaba *Heterogeneia*, siendo su autor F. A. Pouchet, director del Museo de Historia Natural de Rouen. Apasionado, laborioso, lleno no sólo de celo científico, sino tambien de celo metafísico, puso toda su energía al servicio de estas investigaciones. Nunca hubo asunto alguno que exigiese el empleo de la fria

facultad de la critica como éste: estudio tranquilo de los fenómenos de lo desconocido, cuidado en las preparaciones de los experimentos, cuidado con su ejecucion, hábiles variaciones de las condiciones é incesante exámen de los resultados hasta que la sucesiva repeticion del experimento pusiesen el éxito fuera de toda duda. Para un hombre de las condiciones de Pouchet, el asunto estaba lleno de peligros; peligros que no se disminuian por el medio teórico que empleaba. Esto mismo se revela claramente por las palabras con que comienza su prefacio: "Cuando por medio de la meditacion me fué evidente que la generacion espontánea era aún uno de los medios de que se valia la naturaleza para la reproduccion de los seres, me dediqué á descubrir por qué procedimientos se podria llegar á poner en evidencia este fenómeno." Es inútil que advirtamos que una proposicion de esa especie necesitaba un poderoso freno. Pouchet repitió los experimentos de Schulze y Schwann con resultados diametralmente opuestos á los de éstos. Amontonó experimento sobre experimento, argumento sobre argumento, despreciando con el sarcasmo del abogado la lógica del hombre de ciencia. Teniendo presente la multitud que se requería para producir los resultados observados, ridiculizaba la presuncion de los gérmenes atmosféricos. Este era uno de sus puntos más fuertes: "Si los proto-organismos que vemos pulular por todos lados y en todas partes, tuviesen sus gérmenes diseminados en la atmósfera, en la proporcion matemática necesaria, quedaria completamente oscurecido el aire, porque debian estar mucho más apretados que los glóbulos de agua que constituyen nuestras espesas nubes." Volviendo sobre este mismo asunto, exclama: "El aire en que vivimos tendria casi la densidad del hierro." Amenudo se encuentra un ataque virulento envuelto en un consejo amistoso, y este valor en sus aserciones y argumentos le hacia que influyese en todas aquellas inteligencias que más bien se dejan dominar por la autoridad que por la ciencia. Si hubiera sabido Pouchet que el "etéreo azul de las nubes" se forma de partículas esparcidas por medio de las que pasa libremente el sol, no se hubiera atrevido á exponerse en esta clase de argumentaciones.

Las investigaciones de Pouchet sobre este asunto dieron más fuerza á las convicciones con que habia comenzado, y al fin lo llevaron á una fe ciega en ellas. No pongo en duda su habilidad; pero esta investigacion necesitaba un experimentador más disciplinado. Esto no quiere decir que se requiriese más habilidad para mirar á los objetos que la naturaleza nos presente á nuestra investigacion, sino para obligarla á mostrarse bajo las condiciones que el experimentador desea. En este

punto le faltó á Pouchet el método. No obstante, el empuje con que produjo sus afirmaciones á su salida, levantaron multitud de dudas que por algun tiempo oscurecieron por completo todo el campo de las investigaciones. Tan difícil parecia al asunto este y tan incapaz de ser resuelto definitivamente, que cuando hizo notoria Pasteur su intencion de consagrarse á él, sus amigos, Biot y Dumas, le manifestaron su pena, rogándole encarecidamente que pusiese límite al tiempo que pensaba emplear en un asunto al parecer tan inútil (1).

La posicion más fuerte de Pasteur, aunque ha sido varias veces asaltada, no se ha llegado todavía á destruirla. Al contrario, ha sido reforzada por los experimentos prácticos más recientes. Ha aplicado sus conocimientos á la preservacion del vino y de la cerveza, á la fabricacion del vinagre, á la destruccion de la plaga que amenaza acabar con la industria de la seda en Francia, y al exámen de otras muchas enfermedades terribles que afligen á los animales de un rango superior, incluso el hombre. Sus relaciones con las mejoras que el profesor Lister ha introducido en la cirugía, se ven claramente en una carta inserta en sus *Etudes sur la Biere* (2). El profesor Lister da en ella las gracias á Pasteur por haberle suministrado el único principio que pudo conducir á feliz éxito el sistema antiséptico. La estructura acerca de defectos en el raciocinio de Pasteur, á que estamos acostumbrados desde hace poco tiempo dichas con un tono de arrogante deaprecio; allí donde sumisos discípulos tienen su inteligencia en el debido estado, arrojan abundante luz sobre su autor, pero no sobre Pasteur.

Redi, como hemos visto, probó que los gusanos de la carne corrompida provenian de los huevos de las moscas. Schwann demostró que la putrefaccion misma provenia de unas formas de seres vivos mucho más pequeños que los que trató Redi. Ahora bien, nuestros conocimientos en este asunto, como en otros muchos relativos á esta materia, se han extendido considerablemente gracias al profesor Cohn, de Breslau. "No puede ocurrir putrefaccion alguna, dice, en una sustancia nitrogenada, si se destruyen sus bacterias y se evitan que entren otras nuevas. La putrefaccion comienza tan pronto como las bacterias, por muy corto que sea su número, entran, ya accidentalmente, ya de in-

(1) "Je ne consillerais á personne, decia Dumas á su ya afamado discípulo, de rester trop long temps dans ce sujet." *Anales de química y de física*. 1862, volumen LXIV, pág. 22. Desde esta época el ilustre Secretario perpétuo de la Academia de Ciencias ha tenido motivos sobrados para arrepentirse de su consejo.

(2) Página 43.

tento. Todos los medios bactericidas, son, por tanto, anti-sépticos y desinfectantes (1). Estos organismos, obrando sobre las heridas y los abscesos eran los que convertian nuestros hospitales, tan comunemente, en una carnicería, y al lograr su destruccion por los medios anti-sépticos, se pueden ahora hacer, sin peligro, operaciones que ningun cirujano se hubiera atrevido á llevar á cabo hace poco tiempo. Las ventajas son inmensas, no sólo para el cirujano que opera, sino para el paciente operado. Cotéjese la ansiedad que se sentia al no estar nunca seguro de que la más brillante operacion no se volviese fatal por la aproximacion de partículas de ese polvo invisible de los hospitales, con la tranquilidad que dá el saber que todo el poder dañino de esos átomos de polvo, ha sido aniquilado con seguridad y certeza.

Pero la accion del contagio vivo se extiende más allá de los límites de la cirugía. El poder de reproducirse y la multiplicarse indefinidamente que caracteriza á los seres vivos, unido al hecho indudable del contagio, ha dado fuerza y consistencia á una opinion existente durante largo tiempo en la inteligencia de los hombres pensadores: que las enfermedades epidémicas coinciden con el desarrollo de la vida parasitaria. Comienza ahora á mostrársenos débilmente un grande y destructor laboratorio de la Naturaleza, en el que las enfermedades más terribles á la vida animal, y los cambios á los que está pasivamente sujeta la materia orgánica muerta, se nos presentan ligados por lo que al ménos, podríamos llamar una gran analogía de causalidad (2). Segun esta opinion, que, como hemos dicho anteriormente, está cada dia ganando más terreno, se puede definir una enfermedad contagiosa como un conflicto entre la persona herida por ella y un organismo específico que se multiplica á sus espensas, apropiándose su aire y humedad, desintegrando sus tejidos ó en-

(1) En la última de sus excelentes Memorias se expresa Cohn de la siguiente manera: "Wer noch heut die Eäulniss von einer spontanen Dissociation der Proteinmolecule, oder von einem unorganisirten Ferment ableitet, oder gar aus "Stickstoffsplittern" die Balken zur Stutze seiner Eäulnissstheorie zu zimmern versucht, hat zuerst den Satz "keine Eäulniss ohne Bacterium Termo" zu Widerlegen."—"Quien hoy todavía presume que la putrefaccion deriva ya de una disolucion espontánea de las moléculas de pocteiina, ya del influjo de un fermento inorganizado, ó pretenda hallar en la pulverizacion del nitrógeno apoyo para su teoría de la putrefaccion, necesita contradecir ante todo la afirmacion de que "no hay putrefaccion sin Bacterium Termo." (T.)

(2) Memoria del *Medicale officier del Privy Conucil*, 1874, pág. 5.

venenándola á consecuencia de las descomposiciones provocadas por su desarrollo.

Durante los diez años transcurridos desde 1859 á 1869, ocuparon toda mi atencion los experimentos acerca del calor radiante en sus relaciones con la forma gaseosa de la materia. Cuando experimentaba sobre el aire, tenia que limpiarlo resueltamente de toda materia que flotase en él, y al hacerlo me sorprendia al notar que, siguiendo el método ordinario de trasvasar estas materias, pasaban libremente por medio de los álcalis, ácidos, alcoholes y éteres. Haciendo sensible el ojo por medio de la oscuridad, hallé que el medio más efectivo para encontrar cualquiera materia existente, tanto en el aire como en el agua, era dejar pasar un rayo de luz. Este medio es mucho más seguro y más poderoso que el que nos puede suministrar el microscopio más fuerte. Con ayuda de ese rayo de luz examiné el aire filtrado por algodón en rama, aire que se habia conservado largo tiempo sin agitarlo, para obligar á la materia flotante á depositarse, aire calcinado y aire filtrado por las células más profundas del pulmen humano. En todos los casos fué evidente la correspondencia entre mis experimentos y los de Schroeder, Pasteur y Lister con relacion á la generacion espontánea. El aire, que ellos encontraron que era estéril, se probó por medio del rayo luminoso ser ópticamente puro, y, por lo tanto, sin gérmenes. Habiendo trabajado en este asunto por ambos medios de la experiencia y la reflexion, en la noche del viernes 21 de Enero de 1870, lo llevé delante de los miembros de la *Royal Institution*. A los dos ó tres meses despues, por suficientes motivos prácticos, me aventuré á llamar la atencion pública sobre este asunto en una carta al *Times*. Esta fué mi primera relacion con tan importante asunto.

Esta carta, creo, motivó el que se diese á conocer por primera vez, públicamente, el doctor Bastian sobre este particular. Me hizo el honor de informarme, como otros habian informado á Pasteur, que el asunto *correspondia por completo al biologista y al médico*. Estaba *asombrado* de mi racionio, y me advirtió que antes que se pudiese deshacer lo hecho por mí, *se habrian producido muchísimos é irreparables daños*.

Con muchos ménos experimentos preliminares que sirvieran para guiarse y aconsejarlo, el doctor Bastian era aun más atrevido que Pouchet en sus ensayos, y más aventurado en sus conclusiones. Con infusiones orgánicas obtuvo los mismos resultados que su célebre predecesor; pero aún fué más allá: los átomos y las moléculas de líquidos inorgánicos pasaban bajo sus manipulaciones á esos *compuestos químicos más complejos*

que honramos con el nombre de *organismos vivos* (1). Durante cinco años próximamente, el doctor Bastian ha estado trabajando el campo, sin que le pusiese yo el menor impedimento, y ahora que puedo mirar su obra me veo obligado á manifestar que ha sido un trabajo asombroso. Ante el público que toma algun interés en estos asuntos, y tambien, en apariencia, ante la clase médica, logró ciertamente volver el asunto á un estado de duda parecido al que siguió á la publicacion de la obra de Pouchet en 1859.

Es de desear que cese esta incertidumbre en la opinion pública, y sobre todo, importa, por razones prácticas, que sedestierre de la mente de las personas que se dedican á la medicina. En el presente artículo, por lo tanto, me propongo discutir esta materia, cara á cara, con un eminente y reflexivo miembro de la carrera de medicina, el que, en lo referente á generacion espontánea, sostiene ideas contrarias á las mias. Me sería muy fácil nombrarlo, pero quizá sea mejor que quede oculto. De aquí que me prometo el llamar á mi co-investigador sólo mi amigo. Con él á mi lado conduciré la discusion lo mejor que me sea posible, para que á quien aquel se dirige pueda leer y el que lea entender.

Comencemos con el principio. Suplico á mi amigo que entre en el laboratorio de la *Royal Institution*, donde coloco delante de él una vasija con rajadas delgadas de nabo, cubiertas solamente con agua destilada á una temperatura de 120° Fahr. Despues de cuatro ó cinco horas sacamos el líquido, le hervimos, le filtramos y obtenemos una infusion tan clara como agua potable filtrada. Enfriamos la infusion, probamos su gravedad específica y encontramos ser de 1.006, ó más alta, siendo la del agua de 1.000. Tenemos delante varias, pequeñas y limpias retortas, cuyo cuerpo forma un cilindro alargado y remata en cono por su base superior, para constituir el cuello, que se dobla en ángulo muy agudo y se prolonga adelgazándose mucho. Calentamos una de ellas ligeramente con una lámpara de espíritu de vino; se mete su extremo en la infusion de nabo. Enfriamos luego el vidrio calentado, el aire dentro de la retorta se enfria y á su contraccion sigue la entrada de la infusion por el cuello del matraz.

De este modo conseguimos una pequeña cantidad de líquido dentro de la retorta. Calentamos este

(1) "Se admite además que las bacterias ú organismos afines, están dispuestos á engendrarse como productos relativos, viniendo á la vida en las diferentes fermentaciones tan independientemente como otros compuestos químicos ménos complejos." Bastian.—*Trans. of Pathological Society*, vol. XXVI, pág. 258.

líquido cuidadosamente. Se produce vapor que sale como el aire arrastrando tras de sí el existente en la retorta. Después de dejarle hervir durante algunos segundos, se vuelve á introducir la boca del matraz en la infusión; el vapor se condensa dentro, entra el líquido á ocupar el vacío, y de este modo llenamos nuestra retortita hasta las cuatro quintas partes de su volúmen. Esta descripción es típica, y podemos llenar de ese modo cientos de retortas con cien diferentes clases de infusiones.

Ahora le pido á mi amigo que note una cubeta hecha de cobre en lámina, con dos filas de pequeños mecheros de Bunsen debajo de ella. Esta cubeta ó baño está casi llena de aceite, y un pedazo delgado de tabla le sirve de tapa. Esta se halla perforada con agujeros circulares bastante grandes para permitir á nuestras pequeñas retortas que pasen y se introduzcan en el aceite, que ha sido calentado á una temperatura como de 250° Fahr. Rodeada hácia todos lados por el aceite caliente, la infusión hierve, pues su punto de ebullición no excede mucho de 212° Fahr. El vapor sale por la boca de la retorta, prosiguiendo la ebullición durante cinco minutos. Con un par de tenacillas de latón, un ayudante coje el cuello cerca de su unión con la retorta, y saca ésta última, parcialmente, fuera del aceite. No cesa de salir el vapor, pero ha disminuído su violencia. Con un segundo par de tenacillas se agarra el cuello de la retorta muy cerca de su terminación libre, mientras que con la otra mano se coloca debajo una llama de Bunsen ó una ordinaria de espíritu de vino. El vidrio se enrojece, blanquea, se funde, y como se le ha ido estirando lentamente, disminuye el diámetro hasta que se cierra completamente la abertura. Se retiran las tenacillas con el fragmento de cuello separado, y se separan del baño de aceite las retortas herméticas y perfectamente cerradas con su contenido, que ha disminuído por la evaporación.

JOHN TYNDALL.

Traducción del inglés por V. I.

(Concluirá.)

TEORIA DEL VALOR. *

CRÍTICA DE LAS OPINIONES EMITIDAS POR ALGUNOS ECONOMISTAS.

(Conclusion.)

V

Smith, á pesar de seguir en gran parte á los fisiócratas, y más particularmente á Turgot, supo evitar los tenebrosos senderos del misticismo, en los cuales, debido al ardor de los primeros pasos dados en la *science nouvelle*, se habían extraviado los más calurosos adeptos del doctor Quesnay. En lo que concierne al valor, por lo ménos, se limita á indicar sólo su manifestación pura y simplemente, como lo había hecho Turgot en sus *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas*; sin embargo, somos de parecer que no ha conocido mejor que aquel la naturaleza esencial del valor, puesto que le considera también como una calidad á la cual se puede aplicar la medida.

"Se trata, dice, de examinar cuáles son las reglas que los hombres observan naturalmente al cambiar una mercancía por otra, ó por dinero. Estas reglas determinan lo que se puede llamar el *valor relativo ó cambiante* de las mercancías. Es preciso observar que la palabra valor tiene dos significados diferentes; unas veces significa la utilidad de un objeto particular, y otras la facultad que dá la posesión de ese objeto de comprar con el otro. Se puede llamar al primero *valor en uso*, y al segundo *valor en cambio*. Hay cosas que tienen mucho *valor en uso* y muy poco *en cambio*, y viceversa. Nada hay más útil que el agua; pero poco ó nada se podría comprar con ella: lo contrario sucede con un diamante. Para aclarar los principios que determinan el *valor en cambio*, establezco: 1.ºCuál es la verdadera medida de ese valor, ó en qué consiste el *precio real* de las mercancías; 2.º Cuáles son las partes integrantes y diferentes que componen el *precio real*; y 3.º Cuáles son las diferentes circunstancias que, ya elevan alguna ó la totalidad de aquellas partes del precio por encima de su tasa natural ú ordinaria, ya la bajan de esa tasa; ó bien, cuáles son las causas que im-

* Véase el número anterior, página 105.

"piden que el *precio del mercado*, es decir, el precio
 "actual de la mercancía, no coincida exactamente
 "con el que se puede llamar *precio natural*. No
 "dejaré de tratar estos tres puntos con toda la ex-
 "tension y claridad posibles en los tres capítulos
 "siguientes, para lo cual pido con encarecimiento
 "paciencia y atencion al lector; la paciencia
 "para seguirme en detalles que algunas veces pa-
 "recerán enojosos; y la atencion para comprender
 "lo que quizá le parezca algo oscuro á pesar de todos
 "los esfuerzos que yo haga para ser entendido. Cor-
 "reré con gusto el peligro de extenderme demasia-
 "do á fin de presentarme con mayor claridad; y,
 "despues de haberme tomado todo el cuidado de
 "que soy capaz para explicar una materia que, por
 "su naturaleza, es tan abstracta, no estaré aún se-
 "guro de haber dejado algo en la oscuridad." *Riqueza de las naciones, libro 1.º, cap. 4.º*

Esta transcripcion podemos considerarla como el resumen de cuanto dice Adam Smith respecto á la definicion del valor. Vemos en ella, en primer lugar, la idea de un *valor absoluto*, puesto que lo que él llama *valor cambiabile*, lo llama tambien *valor relativo*. Vemos, en segundo lugar, que Smith no tiene una nocion clara del verdadero, del único valor que la ciencia debe considerar, cuando se propone la distribucion de la riqueza, puesto que da á la palabra *valor* dos significaciones; una que corresponde, sin duda alguna, á la utilidad, y otra al *valor* mismo, llamándole *valeur en échange*. Vemos, en tercer lugar, que encuentra en el valor (aunque no nos dice cuál sea, ni en que se la pueda caracterizar), una calidad ó propiedad conmensurable; vemos, en fin, las palabras *valor* y *precio* empleadas indiferentemente para significar una misma cosa. Además de todo esto, y del modo con que concluye la transcripcion, séanos permitido inferir que el autor de la *Richesse des nations* no tiene verdadera fé en la teoría que nos presenta.

Smith ve perfectamente que el valor ó el precio de una mercancía se expresa por una cantidad de otra; y que, en general, se expresa en cantidad de otra mercancía particular, que desempeña la funcion de moneda; pero, preocupado con las ideas dominantes del *valor calidad* y de la *medida del valor*, no llega á percibir eso sino por una vía tortuosa, y despues de vanos esfuerzos por ponerlo de acuerdo con sus ideas preconcebidas.

"Un individuo es rico ó pobre, dice, en propor-
 "cion á los medios que posee de satisfacer sus ne-
 "cesidades, sus comodidades y lo demás que hace
 "agradable la vida; pero desde que se reconoció la
 "ventaja de la division del trabajo, no hay sino
 "una parte muy pequeña de todas esas cosas que
 "podamos obtener por nuestro propio trabajo; con

"el trabajo de otros, pues, debemos atender á cas:
 "todos esos goces; así que el individuo será rico
 "ó pobre, segun la cantidad de trabajo que pueda
 "demandar ó comprar. Por consiguiente, el valor
 "de una cosa cualquiera ha de ser necesariamente
 "igual al de la cantidad de trabajo que con ella se
 "pueda demandar ó comprar. El trabajo es, pues,
 "la medida real del *valor cambiabile* de todas las
 "mercancías. El precio real de cada cosa, lo que
 "cada cosa cuesta al que quiere obtenerla, es el
 "trabajo y la pena que debe imponerse para po-
 "seerla. Lo que cada cosa vale realmente para el
 "que la ha adquirido, y trata de hacer uso de ella
 "ó cambiarla, es la pena ó el embarazo que la po-
 "sesion de ella puede ahorrarle, y que le permite
 "imponer á los que la quieran. Lo que se adque-
 "re por dinero ó por otra cosa, es comprado por
 "trabajo, de la misma manera que lo que adquiri-
 "mos por el sudor de nuestro rostro. Ese dinero,
 "ó esas mercancías nos ahorran de hecho la fatiga;
 "contienen el valor de cierta cantidad de trabajo
 "igual á la que suponemos contiene lo que se nos
 "da por ello. El trabajo ha sido, pues, el primer
 "precio, la moneda pagada por la compra primiti-
 "va de todas las cosas. No ha sido con el oro ni
 "con la plata, sino con el trabajo, con lo que se han
 "comprado originariamente todas las riquezas del
 "mundo, y su valor para los que las poseian y que-
 "rian cambiarlas por otras producciones, era pre-
 "cisamente igual á la cantidad de trabajo que con
 "ellas se podia demandar ó comprar." *Cap. 5.º*

Si Adam Smith quiso establecer sólo que comunmente toda riqueza procede del trabajo, y que comunmente tambien las mercancías diferentes se cambien por cantidades aproximadamente proporcionales al trabajo que han costado respectivamente, convendremos en ello: pero si pretende demostrar, como parece ser su intencion, que el valor se mide, y que el trabajo es un instrumento de medida, un tipo, creemos que se extravía, y lo probaremos con sus afirmaciones.

"En efecto: aunque el trabajo, dice, sea la me-
 "dida real del *valor cambiabile* de todas las mer-
 "cancías, no se aprecia comunmente por el traba-
 "jo ese valor, porque es muy difícil fijar la propor-
 "cion entre dos cantidades de trabajo diferente.
 "Esta proporcion no siempre puede determinarse
 "tan sólo por el tiempo empleado en diferentes
 "trabajos. Es preciso tener en cuenta los diferen-
 "tes grados de fatiga sufridos y la mayor ó menor
 "habilidad que se ha desplegado. Puede ser mayor
 "el trabajo en una obra posible en una sola hora,
 "que en dos en otra ménos posible, ó en una, apli-
 "cada á un oficio, cuyo aprendizaje ha costado diez
 "años, que en un mes de ocupacion de género or-
 "dinario, para el cual puede servir cualquiera;

«así como no es fácil tampoco hallar una medida exacta aplicable al trabajo manual corriente comparado al talento. De hecho, siempre se tiene en cuenta el trabajo cuando se cambian las producciones de diferentes trabajos: pero lo cierto es que esa cuenta no se regula por ninguna balanza exacta, sino regateando el precio del mercado, *d'après cette grosse équité qui, sans être fort exacte, l'est bien assez pour le train des affaires communes de la vie.*» *Riqueza de las naciones, cap. 5.º.*

Hé ahí la pretendida medicion del valor, por medio del trabajo, como queria Smith, declarada imposible, impracticable por el mismo Smith, y eso cuando acababa de exponer la teoría contraria. A semejantes inadvertencias conducen siempre las ideas preconcebidas, aunque se una á ellas la facultad más fecunda de observacion y la mayor sinceridad en su aplicacion. Veamos ahora cómo Smith expone pura y simplemente el hecho de donde sale el valor:

«Por otra parte, dice, cada mercancía es cambiada con más frecuencia, y por consiguiente comparada, con otras mercancías, que con el trabajo; porque es más natural estimar su valor cambiabile por la cantidad de cualquiera otra mercancía, que por la de trabajo que con ella se podría comprar; de suerte que *la mayoría del pueblo* entiende mejor lo que se quiere decir por tal cantidad de cierta mercancía, que por tal cantidad de trabajo. La primera es un objeto palpable; la segunda es una nocion abstracta que se puede comprender, pero que no es tan comun ni tan evidente.» *Cap. 5.º.*

La mayoría del pueblo tiene razon, y la ciencia careceria de ella si no le imitase en este caso; por que no es el trabajo lo que se cambia y se consume, bien que las cosas que se cambien y se consuman hayan costado trabajo generalmente; y es muy natural que en la comparacion que se hace de ellas, con motivo del cambio para determinar su valor, sean esas cosas las que se consideran, y no el trabajo que han costado, teniendo, sin embargo este en cuenta. Si fuera de otro modo, se verian dos productos idénticos, en un mismo instante y en un mismo mercado, con dos valores corrientes; puesto, que, en la mayor parte de los casos no habrán costado la misma cantidad de trabajo.

«Pero, al paso que los cambios se han hecho en menor número directamente, y que la moneda se ha ido contituyendo en instrumento general del comercio, cada mercancía particular se cambia más veces por moneda que por cualquier otra mercancía. El carnicero no lleva su vaca ó su carnero al panadero ó al cervezero para cambiarlo por cerveza, sino al mercado, donde lo cambia por

«moneda, y despues va con el dinero á comprar el pan, ó la cerveza, ó ambas cosas. La cantidad de moneda que obtiene por su carne, determina la cantidad de pan ó de cerveza que con ella podrá comprar. Es, pues, más claro y más sencillo para el carnicero estimar el valor de su carne por la cantidad de moneda, que es la mercancía por la cual hace su cambio inmediatamente, que por la cantidad de pan ó de cerveza, que son mercancías por las cuales no quiere cambiar, sino por el intermedio de otra mercancía; así que es más natural que él diga que la libra de carne vale tanto (en moneda) la libra, que no que vale tantas libras de pan, ó tantas medidas de cerveza. Y de ahí viene que en general se aprecie el valor cambiabile de cada mercancía en cantidad monetaria, y no en cantidad de trabajo, ó de cualquiera otra mercancía que se pudiera obtener en cambio.»

Esto, en verdad, deja la razon satisfecha completamente, dígase cuanto se quiera de la conveniencia ó de la necesidad de distinguir el precio del valor; y la deja, en efecto, satisfecha, porque es la expresion pura y simple del hecho observado sin espíritu de escuela ni ideas preconcebidas á este respecto.

VI

El cap. 2.º de los *Principios de Economía Política*, por Malthus, tiene por título: *De la naturaleza, de las causas y de las medidas del valor.* Viene enseguida de este título general el de la seccion 1.ª, así concebido: *De las diferentes especies de valor.* Y despues de haber manifestado de qué manera los metales preciosos han llegado á ser lo que se llama *medida del valor*, añade.

«Desde el momento que han sido adoptados como medida general del valor, han servido en general como término de comparacion de todos los demás objetos. El valor nominal de una cosa es en realidad su valor comparado al de otro objeto determinado; y, como los metales preciosos son, en casi todos los casos, el objeto determinado, el valor nominal de una cosa, es en general, salva designacion expresa, su valor en cambio con relacion á los metales preciosos. Esta especie de valor ha sido alguna vez designado con el nombre de *precio*, lo cual, propiamente hablando, constituye sólo otro término para expresar el valor nominal; y á este título podemos aplicarle á una cosa cualquiera y decir: el precio en trigo, en paño ó en cualquiera otro artículo, con el cual queramos comparar otro objeto determinado, pero

«siempre que no se exprese la naturaleza de los artículos, es preciso entender el valor de una cosa expresado en metales preciosos, ó en los agentes en circulacion en los diferentes países que los constituyen, ó pretenden representarlos.» *Cap. 2.º, seccion 1.ª*

Y termina la misma seccion del modo siguiente: «1.º El valor en uso puede definirse: *la utilidad intrínseca de un objeto*; 2.º El valor nominal de cambio ó precio, á ménos que sea determinado un objeto especial, puede definirse: *el valor de las cosas estimadas en metales preciosos*. 3.º El valor intrínseco de cambio puede definirse: el poder de comprar lo que proviene de causas intrínsecas, sin añadir nada al valor propio del objeto. Esta definicion es enteramente equivalente á la evaluacion de un objeto por el deseo de poseerlo, y la dificultad de procurarse su posesion, y conviene de igual modo con la definicion del valor cambiante de un objeto, dada en mi obra sobre las *Definiciones en economía política*, á saber, la evaluacion que se hace de una cosa en una época y un sitio cualquiera, determinado en toda circunstancia por el estado de la oferta y la demanda, y ordinariamente por los gastos elementales de la produccion.»

Nuestros comentarios anteriores nos dispensan de toda observacion sobre las citas precedentes: diremos sólo que Malthus admite nada ménos que tres especies de valores, cuando aún no se ha acertado á definir uno; que no distingue el valor del precio; que habla de diversas medidas del valor, sin explicarnos, por supuesto, cómo se verifica ninguna de ellas; cuya medida ó medidas de que todos nos hablan sin darse á comprender por nadie.

Ricardó es otro de los economistas que no necesita refutacion, respecto á la cuestion que nos viene ocupando. Para él, valor no es otra cosa que *la cantidad de trabajo necesaria á la produccion de una mercancía*; sin embargo, tambien es, segun él mismo, *la cantidad de cualquiera mercancía por la cual se cambia otra mercancía*, como lo dice expresamente en el capítulo 1.º de sus *Principios de Economía Política y del Impuesto*. Desde luego se ve que esas dos definiciones son incompatibles; pero Ricardó no es muy escrupuloso en eso de contradicciones, y todo su empeño es probar que, salvo los casos en que el valor procede de la rareza, es siempre proporcional á la cantidad de trabajo necesario para la adquisicion de las cosas á que se refiere. *Medir el valor*, como él dice, al empezar la seccion sexta del mismo capítulo, teniendo en cuenta los cambios que la aplicacion del capital lleva al costo de produccion, equivale á medir el trabajo que cuestan las cosas; pero no distingue el precio del valor. Por fin, el frecuente uso que hace

de la expresion *valor relativo*, deja suponer que para él existe un valor absoluto.

Como todos los economistas que le han precedido, Say empieza el estudio de la Economía política con la idea preconcebida de que el valor es una calidad ó propiedad. Esta idea le domina completamente; y eso, hasta tal extremo, que es fácil ver, que todo lo que tienen de oscuro, de embarazoso y de contradictorio sus disertaciones sobre esta espinosa materia del valor, y por consiguiente, sobre distribucion de la riqueza, proceden de ese alucinamiento.

«El valor, dice, en *Las consideraciones generales*, es una *calidad* puramente moral, que parece depender de la voluntad fugitiva y cambiante del hombre. 2.ª edicion, pág. 9. No tendremos, dice más abajo, sino una idea imperfecta de la naturaleza y del grandor de las riquezas, si tenemos solo ideas confusas de lo que significa la palabra *valor*. ¿Basta, para poseer grandes riquezas, evaluar muy alto los bienes que poseemos? Tengo una casa; si me place evaluarla en cien mil francos, ¿consistirá por eso mi riqueza en cien mil francos?... Para que un valor sea una riqueza, es preciso que sea un valor *reconocido*, no sólo por el poseedor, sino por cualquiera otro. La señal evidente de que el valor de una cosa es reconocido y apreciado por los demás, consiste en que para poseerla, se hallan dispuestos á dar otro valor en cambio. La cantidad que se dá en cambio, comparada con la que se dá para adquirir cualquiera otro objeto, establece entre los dos la relacion que existe entre sus valores.» 1.ª parte, cap. 2.º.

¿Puede ponerse de acuerdo esto, tan claro, tan preciso, con la idea del *valor-calidad*? ¿Puede ponerse de acuerdo con la opinion profesada por el mismo Say, cuando dice que la utilidad es el fundamento del valor? Creemos que no. J. B. Say se aproxima tanto en esa asercion á la verdad, segun nosotros la comprendemos, que nos admira verle persistir en opiniones que le ponen en contradiccion consigo mismo; pensamos como él, cuando dice que *el valor expresa las riquezas*, y que evaluar una casa equivale á medir la riqueza que representa. Parece, es verdad, que confunde el valor con la riqueza al decir: *para que un valor sea riqueza*, etcétera; pero evidentemente obedece al mismo pensamiento, dominado por la íntima solidaridad de las ideas que representan las dos palabras *valor y riqueza* y las confunde. Pero, ¿cómo, repetiremos, despues de semejantes afirmaciones conserva la idea de *valor-calidad*, de *valor-conmensurable*, de *valor-utilidad*?

«Relativamente al valor cambiante, dice Say, debo hacer notar dos circunstancias... El valor de una cosa es una *cantidad positiva*; pero no lo es

"sino por un instante dado. Su naturaleza es perpetuamente variable. Nada puede fijarla invariablemente, porque se halla fundada, como veremos más adelante, sobre las necesidades y los medios de producción, que varían cada minuto. La segunda circunstancia relativa al valor es la imposibilidad de apreciar *su grandor absoluto*, pues siempre es *comparativo*. Cuando digo: tal casa vale 50.000 francos, afirmo que el valor de esa casa es igual al de 50.000 francos; pero, ¿cuál es el valor de esa suma? No se puede decir que sea un valor existente por sí mismo con abstracción de toda comparación. El valor de un franco, de cinco, de 50, se compone del de todos los objetos que se pueden obtener por esas diferentes sumas. Si dándolas en cambio, se puede obtener mayor cantidad de trigo, de azúcar, etc., valen más relativamente á estas mercancías; si se obtiene menos, valdrán menos, porque el valor de una suma de moneda, como todos los demás valores, se mide por la cantidad de cosas que se pueden obtener en cambio." *Idem*.

El valor, pues, de la moneda se mide como todos los demás, por la cantidad de cosas que se pueden obtener en cambio, es decir, que se mide el valor, *la calidad* de una cosa, por *la cantidad* de otra.

Más aún; el valor, *la calidad de una cosa*, es una *cantidad positiva de otra*. ¡Imposible parece que un J. B. Say no haya percibido la consecuencia, por no calificarle de otro modo, en que incurria, al hacer residir la calidad de una cosa en la cantidad de otra! ¡Permitirse llamar valor á una calidad y á una cantidad á la vez! No se puede atribuir nada de esto sino á la mala inteligencia de los términos que emplea, á los cuales acude habitualmente sin pensar en las disonancias que implican, teniendo sólo en mira el hecho real que pretende explicar.

"Como sucede, dice, que para *evaluar la riqueza* se designa siempre cierta cantidad de moneda! *Idem*.—Si Vauban hubiera resucitado... habría probado fácilmente... que en aquel año había una disminución positiva en la suma total de ingresos de la nación, disminución que, *gracias al método que hace del valor la medida de la riqueza*, podía ser apreciada en cifras. Esta teoría armoniza el principio que hace consistir las riquezas en los valores con el que las hace consistir en las utilidades: es, pues, fundamental en Economía política. No es posible, señores, en la *evaluación de las riquezas* hacer abstracción del valor, contentándose con decir, como se hace todos los días, que las verdaderas riquezas son las mercancías sin hablar de lo que han costado. Los que prescinden de considerar el valor no evalúan na-

"da, y por consiguiente no evalúan las riquezas." 5.^a parte, cap. IV.

De seguro que, á no ser por la idea preconcebida de valor *calidad ó propiedad*, J. B. Say no hubiera dicho jamás que no se podían evaluar las riquezas, haciendo abstracción del valor, ni que separando la consideración del valor no se evalúa nada. Pero, á parte de esta reflexión que le hace incurrir en semejantes extravíos, debemos reconocer, en honra suya, que percibió el valor de diferente modo y, á nuestro juicio, mucho mejor que todos los economistas que conocemos.

Veamos otro pasaje, en el cual esa percepción se muestra aun con más claridad, si esto es posible. Afirmando Quesnay que la riqueza reside en las cosas que tienen precio y no en el mismo precio, que no es sino la consecuencia de la riqueza, dice:

"Se hallan divididas las opiniones, respecto á la *naturaleza y medida de las riquezas*: (medir las riquezas y no el valor, hé ahí toda la verdad, á nuestro parecer) pero, las discusiones á que eso ha dado lugar, han servido para aclarar muchas cuestiones importantes y para echar por tierra doctrinas de interés." 9.^a parte.

Después de semejante afirmación (la que hemos subrayado), no cabía dudar, si la medida que todo valor implica, recaía sobre la riqueza, ó el valor, ó sobre ambos á la vez. Esto que parece desprenderse del lenguaje de Say, no se le ocurrió á él mismo, y continuó en la persuasión de que se mide el valor, y que es una calidad, á pesar de la contradicción en que se halla esa idea con las demás que ella le inspira, entendiendo que la utilidad constituye su fundamento.

"Sabemos por la simple observación de los hechos, dice, al empezar su cap. 3.^o de la 1.^a parte, que la riqueza se compone del valor de las cosas que se poseen, y que es proporcional á ese valor; además, ya hemos notado que el valor de una cosa existe en la cosa misma, independientemente de lo que el comprador dé por poseerla. La cantidad de escudos ó de trigo, ó de cualquiera otra mercancía, que un comprador dé por una casa es una indicación del valor, de esa casa: pero no es debido á la oferta el que la casa tenga un valor, sino á una calidad que reside en ella, de la cual es indicación y medida la cantidad de cosas evaluables que se ofrecen por la misma. Esa calidad que hace que una cosa tenga valor es evidentemente su utilidad."

Había dicho anteriormente, y sin duda á causa también de la observación de los hechos, que el valor era una *cantidad positiva*, la cantidad de mercancías por la cual se cambia la cosa evaluada; si eso es así, no puede residir en la cosa misma, independientemente de lo que el comprador dé

por poseerla. Hay, pues, contradicción patente entre estas dos afirmaciones.

VII.

Rossi concibe con gran rapidez, y su vasta inteligencia abraza con facilidad gran número de conocimientos á la vez; pero, conquistador, por decirlo así, más bien que legislador de la ciencia, se cuida muy poco de conciliar todas sus adquisiciones, y las contradicciones en que incurre, además de muchas, son muy patentes.

"El valor en uso, dice, es la expresión de una relación esencial que domina toda la Economía política—la relación de las necesidades del hombre con los objetos exteriores. El valor en cambio no es más que una forma del valor en uso: se deriva del mismo principio. El valor en uso dura en tanto que existe la relación entre los objetos y las necesidades del hombre. El valor en cambio no existe realmente sino en el momento mismo del cambio. Cuando el trueque se hace entre un pedazo de pan y un sarmiento, ¿cuál es el valor en cambio del pedazo de pan? El sarmiento. ¿Y el del sarmiento? El pedazo de pan. Un instante después. ¿Cuál es el valor en cambio del pedazo de pan? Nadie lo sabe." *Curso de economía política, tomo 1.º, 3.ª sección.*

Si el valor en uso dura tanto como la relación entre los objetos y las necesidades del hombre, ¿cómo sucede que el valor en cambio, que acaba de decirse que es una forma del valor en uso, no existe realmente sino en el momento del cambio? Además, definir el valor en cambio, esto es, el verdadero valor, según nosotros, una forma del valor en uso, esto es, de la utilidad, es mostrarse muy poco escrupuloso en materia de definiciones, no es definir. Pero ¡cosa muy peregrina por cierto! el sarmiento cambiado por el pan, por consiguiente, el valor en cambio del pan, resulta ser una forma de utilidad del pan, y recíprocamente, el pan una forma de la utilidad del sarmiento. No se puede llevar más allá la falta de respeto á la ciencia.

"No existe, lo repito, dice Rossi, valor en cambio real conocido que pueda formularse en ecuación, sino en el momento del cambio. Desde que una cosa tiene valor en uso, es decir, desde que puede satisfacer una necesidad cualquiera del hombre, el valor en cambio es ya posible, ¿se encuentra esa cosa en quien desea desprenderse de ella? El valor se convierte en probable, conjetura-

ble. No es real, conocido, determinado sino en el momento del cambio." *Idem.*

Aceptando este lenguaje y el de J. B. Say, cuando dice que el valor es la medida de la riqueza, aparece el valor, á nuestro juicio, en su verdadera y simple naturaleza, esto es, como expresión de la medida; pero ni Rossi, ni Say lo comprenden así, á pesar de sus aseveraciones citadas, puesto que cada uno de ellos se halla dominado por la idea de *valor-calidad ó forma de utilidad*. Esta preocupación es tan poderosa y vivaz en Rossi, que se permite acusar á todos los que no participan de esa preocupación, en igual grado que él, de que atacan á la ciencia en su base, que la mutilan y desnaturalizan.

Dice con este motivo: "Si es verdad que el valor en uso es la expresión de la relación [que existe entre nuestras necesidades y los objetos exteriores, sería de admirar que se borrara impunemente este hecho fundamental del dominio de la ciencia. El valor en cambio existe, porque hay valor en uso, y desaparece en el momento que cesa el valor en uso. ¿Se pueden apreciar los efectos despreciando las causas; desarrollar las consecuencias, prescindiendo completamente de los principios que las producen?" *Cuarta lección.*

Tal argumentación se apoya sólo y enteramente en la hipótesis, mal fundada, sin duda alguna, de que la utilidad es una causa del valor. Lo que hace creer á Rossi, que el valor procede de la utilidad, es, que jamás se vé el valor separado de la utilidad; pero no reflexionó que se vé en muchos casos la utilidad separada del valor, y esto permite ya asegurar que no le produce necesariamente; además, al valor acompañan siempre ciertas condiciones económicas que no dependen de la utilidad, bien que la supongan, y esto también permite suponer, que el valor puede deber su existencia á esas condiciones. Rossi en efecto, atribuye á esas condiciones, juntamente con la utilidad, el poder engendrar el valor; y nosotros añadiremos que, dado que pueden engendrarle en parte, pueden también engendrarle en totalidad, en algunos casos por lo ménos. Esta aseveración necesita desarrollos que no son propios de la cuestión que nos ocupa. Lo cierto es, que Rossi no se toma el trabajo de justificar su hipótesis, ni siquiera el de prevenir que razona hipotéticamente, y hasta creemos que lo olvida él mismo.

Rossi no distingue el valor del precio, y á pesar de la analogía de sus razonamientos con los de los economistas, que consideran el valor como una calidad, él niega resueltamente que tenga tal carácter.

"No somos nosotros, dice, al hacer lo que los economistas en general se han olvidado de ha-

«cer, esto es, distinguir el valor posible del con-
«jeturable, y éste del determinado, conocido, ac-
«tual; no somos nosotros los que más que ningún
«otro hemos insistido en la idea de que el valor es
«por su naturaleza cosa móvil, variable, contin-
«gente y de ninguna manera inherente á las cosas;
«no somos nosotros los que pretendemos rechazar
«que, rigurosamente hablando, no hay otro valor
«en cambio, otro precio, que el precio corriente.»
Sexta leccion.

Siendo eso así, según el mismo Rossi, la utilidad no es una calidad inherente á las cosas, puesto que no lo es el valor que, según él mismo, procede de la utilidad. En efecto, ya hemos indicado que Rossi califica á la utilidad de relacion, la relacion de conveniencia de las cosas con nuestras necesidades. Estamos perfectamente de acuerdo con él en cuanto á esto, bien que pueda decirse, como se ha dicho ya, que todas las calidades son relaciones; sería, pues, preciso, para que nuestro acuerdo fuera perfecto, distinguir de alguna manera la *relacion utilidad* de la *relacion valor*, y esto no lo ha hecho Rossi.

El valor no es, pues, una calidad inherente á las cosas, como Say lo habia afirmado de una manera absoluta; no obstante, Rossi sostiene que se mide: pero, ¿cómo mediria Rossi en una cosa lo que dice que no es inherente á la cosa, lo que puede por lo mismo no existir en ella? ¿Cómo mediria lo que, según él mismo, es una relacion, sabiendo que las relaciones son incommensurables?

«¿Puede conseguirse, —continúa Rossi, — una
«medida del valor, un patron invariable, que
«pueda servirnos en todo tiempo y lugar? ¿Se mi-
«den los valores? Sí, señores; todos lo sabemos, y
«no hay mujer que vaya al mercado que no lo
«sepa. Los valores se miden todos los dias, á cada
«instante; se miden el uno por el otro. En el mer-
«cado de París, hoy 17 de Enero de 1837, se ob-
«tiene, por ejemplo, por una pieza de plata, que
«se llama *cent sous*, una liebre ó una polla, un
«pañuelo de seda ó dos kilogramos de café; y digo:
«hoy 17 de Enero de 1837, el valor de una liebre
«en París, es igual al de una moneda de cinco
«francos, al de dos kilogramos de café, al de un
«pañuelo de seda, al de una polla; puedo alternar
«entre estos términos como mejor me parezca; si
«la polla vale la liebre, la liebre vale la polla; hé
«ahí cantidades iguales, que se miden la una por
«la otra.» *Novena leccion.*

Hé ahí cantidades iguales; no hay duda: pero eso no quiere decir que se mida la una por la otra; las cantidades son expresiones, no instrumentos de medida. En cuanto al procedimiento empleado para establecerlas, procedimiento que no es otra

cosa que la medida misma, Rossi no nos dice nada. Si se hubiera detenido á reflexionar un momento, habria reconocido que esas cantidades eran precisamente los valores, y que, por consiguiente, hágase cuanto *se quiera* por establecerlas, no se las puede medir.

Dice, sin embargo, que la moneda ha servido de medida el 17 de Enero de 1837, en el mercado de París para los diferentes cambios que supone: ¿pero cómo? Esto no lo dice. Añade, á seguida, que podria emplearse otro instrumento: pero que la moneda metálica es más cómoda. Para hacer ver que Rossi no tiene conciencia clara de lo que entiende por medida del valor, ni de ninguna especie de medida, trascribiremos el pasaje siguiente, donde supone una medida sin instrumento de medida.

«Se cuenta, dice, de una tribu de negros que no
«tiene moneda, y que, sin embargo, mide el va-
«lor de las cosas lo mismo que nosotros, por medio
«de la moneda. Tienen una moneda ideal que lla-
«man, creo, *macutte*. El uno dice: esto vale 3 *ma-
«cuttes*; el otro responde: esto vale 4, 6 *macuttes*, y
«aprecian todos los objetos por esta medida pu-
«ramente imaginaria. Como medio de compara-
«cion, como expresion de una relacion, esta me-
«dida imaginaria les hace el mismo servicio que
«á nosotros el franco, moneda metálica.» *Novena
«leccion.*

¿Qué debemos pensar de un sábio que tales cosas escribe? Que no ve, ni oye, ni entiende lo que pasa á su rededor. ¡Hé ahí el resultado de la educacion clásica! Y cuando vemos expresarse así á hombres de una inteligencia tan grande como la de Rossi, ¿de qué manera podremos respetar á los demás? ¿Qué dirian esas mujeres que, según el mismo autor, van todos los dias al mercado de París á *medir valores*, si se les propusiera medir patatas por una medida imaginaria? En igual absurdo incurre Rossi en la leccion siguiente, cuando dice:

«Si cada uno de nosotros poseyera lo que desea
«el poseedor de lo que nosotros deseamos, no ha-
«bria necesidad de moneda. Se harian los cambios
«directamente, en mercancías. Pero, no sucediendo
«eso, se ha buscado y encontrado una mercancía
«que posee la calidad esencial de agradar á todos,
«porque satisface la necesidad universal de facili-
«tar los cambios. Esta necesidad, en más ó en
«ménos, es comun á todos los hombres.»

La moneda es una mercancía que agrada á todos, y que responde á la necesidad universal del cambio. Sin embargo, si cada uno de nosotros poseyera lo que desea el poseedor de lo que nosotros deseamos, no habria necesidad de ella. ¿Y se podria pasar, sin la medida que supone, ó implica, todo cambio? Ejemplo: Fulano vende rosquillas, y

el niño Zutano posee una joya; el niño desea una rosquilla, y el confitero desea la joya. ¿No habrían de hacer más que cambiar mano á mano, como suele decirse vulgarmente? No; contestarían á una todos aquellos á quienes se hiciese semejante pregunta, puesto que la joya vale mucho más que la rosquilla. Hay, pues, alguna regla, alguna medida para apreciar la joya y la rosquilla; por consiguiente, un término de comparacion, un instrumento, ó sea una moneda, es de necesidad absoluta. Añadiremos, por último, que no es permitido creer, como Rossi, que una *hoja de papel*, ó *de encina*, un signo *cualquiera*, sin valor, puede llenar la funcion de moneda, lo cual hace sospechar que Rossi no tenia nociones muy correctas respecto á la moneda. Semejantes signos no pasan de ser promesas de moneda; y si no hubiera moneda ¿qué prometerían? No prometerían nada, no serían útiles para nada; y caso que prometieran alguna cosa, sería una de las admitidas en circulacion, que tuviera algun valor, que variara lo ménos posible, y que por estas razones agradara á todo el mundo, como dice el mismo Rossi, es decir, una moneda.

VIII

No conocemos ningun estudio acerca de la materia que nos ocupa, que se aproxime tanto á nuestro modo de ver, como el artículo *Valeur* de Passy en el *Diccionario de Economía política de Guillaumin*. Toda confusion del valor con la utilidad, la riqueza, el trabajo, etc., es combatida por él con tal pureza y poder de razonamiento, que no deja nada que desear: pero combate igualmente lo que él llama tambien la confusion del valor y el precio; y por otra parte admite, si no la posibilidad práctica, por lo ménos la posibilidad racional, de la medida del valor; así que, acerca de estos puntos y de algunos otros que dependen de ellos más ó ménos directamente, no estamos de acuerdo con él.

"Las cosas á cuya posesion aspiramos, por sernos necesarias, útiles ó agradables, dice Passy, son muchas y muy diferentes, y nadie obtiene las que le faltan sino á condicion de ceder otras de que pueda disponer. *De ahí los cambios, que, determinando la cantidad de una cosa dada ó recibida por otra, establecen las relaciones de los valores.* ¿Se puede, por ejemplo, obtener un hectólitro de vino por otro de trigo? *Este hecho asigna á los dos productos su valor relativo*, y figuran en el cambio por dos cantidades iguales. Supongamos que despues, sea cualquiera la causa, para obte-

ner un hectólitro de vino sea preciso dar 120 litros de trigo; pues entonces resultará entre las cosas cambiadas una nueva relacion, y, por consiguiente los valores no serán ya los mismos. El trigo ha bajado respecto al vino en la proporcion del aumento del número de litros que se han dado por el vino; el vino, por el contrario, ha subido en razon á la disminucion de la cantidad que se daría por un hectólitro de trigo. Lo que el uno ha perdido, el otro lo ha ganado en una medida exactamente igual, y lo que pasa con el vino y el trigo en estos casos, pasa igualmente con todos los productos posibles. Todos dan lugar á cambios, y cada uno obtiene un valor que consiste en la cantidad de otro ú otros productos en general, que se dan por él."

Basta leer de corrida la anterior trascripcion para que se presente la idea, consciente ó no, pero dominante, de un valor que existe y obra sin mostrarse; y cuyo influjo se manifiesta, al paso que se evade de todo análisis; no siendo por consiguiente, posible definirlo. Tal nos parece lógico deducir de lenguaje tan preciso, tan claro y tan correcto. En efecto, no siendo eso así, ¿qué significa el pasaje aquel: *De ahí los cambios, etc?* Si el cambio establece *la relacion de los valores*, lo que debemos creer es, que los valores preceden al cambio. No es, sin embargo, tal el pensamiento de Passy, si no comprendemos mal lo que dice en los dos pasajes siguientes:

"¿Qué es el valor? Ya lo hemos dicho: no es otra cosa que una relacion de cantidad entre los productos cambiados, y es evidente que no se le podrá hallar sino en esa relacion."

¿Qué quiso decir Passy en ese otro pasaje de la misma trascripcion: *este hecho asigna á los dos productos su valor relativo?* ¿Tendrían estos mismos productos en la mente de Passy otro valor que fuera absoluto? No lo creemos: pero su lenguaje induce á ponerlo. Decir que el valor es una relacion, equivale á decir que es por su esencia relativo.

No disputaremos sobre palabras, no. Si el valor es una *relacion de valores*, es otra cosa que una *relacion*; es una *propiedad*, en el sentido que la física da á esta palabra. Por ejemplo, esta cantidad: *tres metros*: es una relacion de longitud; expresa la relacion de un metro, unidad de longitud, con una longitud triple. La longitud de un metro y la del número tres, que expresa la comparacion ó la medida, existen antes que la comparacion ó la medida y no dependen de ella. Passy no supone que el valor sea independiente del cambio; dice expresamente lo contrario: pero, lo repetimos, su lenguaje autoriza á creerlo. Sin embargo, no podemos admitir que incurra en inadvertencia de len-

guaje; su estilo es muy puro y muy esmerado; y además, hallamos gran armonía entre su lenguaje y su pensamiento hasta cierto punto: hay, por consiguiente, confusión, si es que no contradicción en su modo de pensar. Esto nos parece evidente, y de ahí el que crea en la necesidad de distinguir el precio del valor.

«Era fácil, natural hasta cierto punto, dice también M. Passy, que se confundieran el valor y el precio, puesto que considerados de producto á producto, los unos sirven de medida á los otros. En el curso ordinario de los hechos, se comienza por cambiar por lo que vale en moneda todo aquello, sin lo cual podemos pasar; después damos el dinero obtenido por lo que deseamos adquirir, y lo cierto es que el valor en moneda obtenido es en realidad el valor relativo de las cosas que por ella hemos dado. Lo que vale ocho francos en moneda vale el duplo de lo que no vale sino cuatro; y si el trueque se hace en géneros, será preciso dar por el uno doble cantidad que por el otro. Pero es preciso recordarlo; el precio no expresa sino la relación que existe entre las cantidades, por las cuales la moneda y los otros productos son recíprocamente puestos en balanza; y esta relación queda sometida al imperio de las circunstancias, que pueden afectar á la cantidad disponible de moneda. Si esta abunda más en el mercado, se ofrecerá más por cada producto que se quiera adquirir: en este caso el valor bajará y el precio subirá. Sí, por el contrario, la moneda escasea, se dará menos de ella en las transacciones comerciales: el valor alzaré y el precio bajará. A diferencia de los valores, que no pueden subir ó bajar todos á la vez, los precios, simples resultados del valor comparativo de la moneda con los demás productos, sufren oscilaciones que les son particulares y pueden subir ó descender todos á la vez. La confusión de los precios y los valores ha oscurecido singularmente algunas nociones que no carecen de alcance científico. Ha conducido á concluir de unos á otros y á suponerlos regidos por las mismas leyes, sujetos á los mismos accidentes, y á atribuir á la cuota del precio una influencia que no puede tener; y de ahí los errores, de que no han podido evadirse siempre economistas justamente estimados, y en particular M. Ricardó, en cuyas obras son comunes.

Sólo la malhadada distinción del precio y el valor pudo haber ocultado á M. Passy la verdadera naturaleza del valor. ¿Qué entiende, por ejemplo, al decir, como Condillac y le Trosne, *que los precios sirven de medida á los valores?* La palabra *medida* tiene dos acepciones: significa el instrumento de medir y el resultado ó la expresión de la medida; el precio no es un instrumento de me-

didada; luego será una expresión, y por consiguiente el valor, una calidad ó propiedad; pues, en caso contrario, no podría medirse y dejaría de ser una relación. Siempre caemos en las mismas contradicciones.

«Los precios, dice M. Passy, no expresan sino la relación que existe entre las cantidades por las cuales la moneda y los demás productos se ponen recíprocamente en balanza, y esta relación queda sometida al imperio de las circunstancias que pueden afectar á la cantidad disponible de moneda.»

¿Pero, no sucede eso con el valor? Cuando en vez de moneda es otro producto cualquiera el que se pone en la balanza con otros productos, la relación existente entre sus cantidades es un valor que queda sometido igualmente al imperio de las circunstancias que pueden afectar la cantidad de ese producto. ¿Acaso la moneda no es un producto?

«Que la moneda abunde, continúa M. Passy, se ofrecerá, etc.»

Pues bien; pongamos trigo, café ó cualquiera otro producto en lugar de la moneda, en ese mismo razonamiento, y las conclusiones serán exactamente las mismas, respecto al artículo que sustituya á la moneda.

Reproduce M. Passy la extraña aserción de M. Mill: que los precios pueden alzar todos á la vez. Es verdaderamente de admirar una inadvertencia que contradice hasta las reglas más elementales de la lógica. Si los precios alzan ó bajan es con relación á algo, porque las ideas de alza ó baja son necesariamente relativas á alguna cosa. ¿Cuál es, pues, esa cosa? Si no es un precio, no hay relación, en este respecto, entre ella y los precios; si es un precio, no alzan todos los precios á la vez. Esto es evidente.

M. Passy habla, es verdad, de la medida del valor; pero lo hace para declararla imposible. Su argumentación, sin embargo, no convencerá á los que consideran el valor como una propiedad ó calidad, puesto que gira toda ella sobre la imposibilidad de encontrar un valor invariable para que sirva de patron, imposibilidad que no excluye la medida, puesto que existe de igual modo para toda especie de medidas, y no obstante estas existen.

* *

IX

En la 4.ª edición de los *Elementos de economía política*, bajo el nombre de *Traté*, M. Garnier continúa su trabajo de condensación, de esclarecimiento y de ordenación de las ideas económicas; procura además utilizar los trabajos de los escritores que en tiempos anteriores habían contribuido á los progresos de la ciencia. ¿Trata de indicarnos por ventura cuál sea la última palabra dicha por la ciencia respecto al valor? No, y es preciso hacerle justicia, no puede; y eso por la sencilla razón de que no toma sobre sí sino la más fácil misión de recopilador y coordinador de las ideas de otros.

M. Garnier cumple perfectamente su programa; es fiel de todas las irregularidades ó contradicciones que venimos anotando, hasta se podría creer, si él no las aceptara, que al reunir las se proponía reducir al absurdo las unas por las otras, condensándolas, como él dice. Nada pone de suyo sino el arte de agruparlas, de amalgamarlas, hasta cierto punto para formar un todo; pero fácil es concebir cuánto tenga de incoherente un todo así formado, y nos sorprende que una inteligencia de ordinario tan positiva, tan matemática como la suya, no lo haya percibido; y nos sorprende aún más que, para llenar su ingrata misión, no haya retrocedido ante la oscuridad de un lenguaje que se aproxima al misticismo. Hemos empleado la palabra amalgama para caracterizar su trabajo de condensación; en efecto, esa idea nos sugiere su teoría del valor, en la cual presenta como sustancias reales, cuya amalgamación le constituyen, la utilidad, la necesidad, el trabajo, las dificultades de la producción y la rareza.

En cuanto á las contradicciones en que incurre, será fácil formarse una idea de ellas, juntando las diversas afirmaciones de M. Garnier respecto al valor. El valor es para él una calidad, pero una calidad compuesta; es á la vez *absoluto* y *relativo*, lo cual no impide que sea una *relación*; se muestra en el momento del cambio, y no es real sino en el cambio, pero *se puede concebir fuera del cambio*; se le mide, pero no puede tener *medida absoluta, invariable, matemática*; en fin, se distingue del precio, pero el precio es un valor, y da *una idea tan neta como es posible del valor*.

"La utilidad, dice, es gratuita ó no. La que deja de ser gratuita, *la utilidad rara*, adquiere la calidad de cambiante, y por consiguiente *valor*. La utilidad es directa ó indirecta.—Cuando deja de ser directa adquiere la calidad cambiante, y por

"consiguiente *valor*.—Cuando á la utilidad se junta la rareza, deja de ser gratuita; es decir, cuando es susceptible de dar lugar á una apropiación la cosa útil, adquiere otra calidad económica que permite á su poseedor obtener otras cosas útiles, otros objetos ó servicios equivalentes por vía de cambio. Esta calidad de ser cambiante, de tener la facultad ó el poder de comprar y de adquisición, es esa facultad de las Cosas, del Trabajo, ó de los Servicios que se encuentra designada en las obras de Economía política con diversos nombres, y en particular con el *de valor en cambio, ó cambiante*, y que nosotros podemos designar simple y exclusivamente por la palabra *valor*.—El valor es, pues, *la calidad de las cosas, que las hace estimar, apreciar, tanto como otras, equivaler á otras*. Se manifiesta por el cambio, es la fuerza ó poder de cambio de una cosa; y se puede decir que resume en sí la utilidad y la cambiabilidad; pero se la puede concebir sin el cambio. Robinson, en su isla, podía apreciar y comparar el valor de los objetos, fruto de su industria, según la utilidad relativa á la dificultad que tenía de adquirirlos. Veremos en el capítulo 16, al profundizar la naturaleza del valor, como resulta de los diversos elementos que se combinan con la utilidad, á saber, la Rareza, el Trabajo, la Dificultad de la producción, la Necesidad." 1.ª parte, primeras nociones.

No se puede, en verdad, inculpar á M. Garnier de confundir el valor con algunas de las circunstancias que le preceden ó que le acompañan, no; eso sería *peccata minuta*; pero le confunde con todas. No es, pues, de admirar que le defina como acabamos de ver: el valor es, pues, *la calidad de las cosas que las hace estimar*, etc., ó dicho de otro modo, *la calidad de las cosas que las hace valer*. Esto es, si no nos equivocamos, la famosa definición del ópio, dada por el enfermo imaginario.

"Supongamos que tenemos una casa, dice, dos caballos, veinticinco piezas de oro: no tendremos sino una idea confusa del valor de esos objetos, si los apreciamos por las muchas cosas que por ellos podríamos obtener en cambio; pero convirtiendo sus valores en el de una mercancía, ó reduciéndolos á un común denominador, es decir, á *moneda*, diciendo: mi casa vale 10.000 francos, los dos caballos 4.000 y las 25 piezas 500; en todo 14.500 francos, nos habremos formado una idea clara del valor de estos objetos, así absoluto como relativo." *Idem*.

M. Garnier habla de la reducción á un común denominador de los valores de los diferentes objetos á que se refiere. Semejante modo de expresarse, no cabe dudarlo, induce á creer que el valor de las cosas en la práctica se expresa en mercancías

y no en moneda, y eso no es exacto; la reduccion que él supone, es puramente teórica, ó mejor dicho, imaginaria.

Añade M. Garnier: "*Las monedas son mercancías*, que desempeñan en el cambio el papel de *intermediarios* cómodos, sirviendo en la apreciación de los valores de las cosas de *denominador comun y de medida*. El valor de las cosas, expresado en oro ó plata, se llama *precio*." *Idem*.

Seria un absurdo decir en aritmética que un denominador era una medida; no hay más medida en Aritmética que la unidad, por la cual se miden, así las fracciones como los números enteros, y si las fracciones se reducen á un comun denominador, no es para medirlas; esto es, para compararlas con la unidad, sino para compararlas entre sí, ó para operar con ellas como si fueran números enteros. Nadie sabe esto mejor que M. Garnier que ha escrito un tratado de Aritmética.

En cuanto á la expresion *intermediario cómodo*, aplicada á la moneda, dá á comprender que, á su juicio, la moneda no es indispensable en el cambio. La metálica, bien que preferible á cualquiera otra, no es en verdad indispensable: pero sin una ú otra moneda no es posible ningun cambio racional, económicamente hablando. Hé ahí lo que M. Garnier y otros economistas no han comprendido aún con claridad.

Hemos calificado de oscuro el lenguaje de M. Garnier; hé aquí algunos ejemplos:

"El cambio y el valor son objetos correlativos que penetran el uno en el otro por decirlo así. *Capítulo 15, núm. 360*. Se puede considerar el valor como el resultado de la *relacion* de nuestras necesidades con las cosas que constituyen la riqueza. Y se puede decir con M. Walras, que el valor no es otra cosa que la *utilidad rara*. Esta es una fórmula feliz que, aunque incompleta, define bastantemente el valor, porque la necesidad que tenemos de las cosas y su rareza son las causas determinantes del valor. *Cap. 16, núm. 382*." El cambio y el valor, *objetos correlativos que penetran el uno en el otro... el valor, resultando de la relacion de nuestras necesidades etc... la utilidad rara, fórmula feliz que define, etc*. Confesamos con ingenuidad que no comprendemos lo que con esas expresiones quiso decir M. Garnier. Será quizá falta nuestra: pero creemos que tambien la hay en ese autor al explicar sus conceptos.

"*Todo valor*, dice, *cualquiera que sea el objeto á que se aplique, es esencialmente inmaterial*. La utilidad dada á la lana, trasformada en paño, es tan inmaterial como la utilidad dada al hombre por la leccion de un profesor. El valor es más inmaterial aún, si podemos expresarnos así, porque es una *relacion*." *Idem 386*.

La primera parte de la anterior proposicion sería en un todo supérflua, si estableciera y demostrara bien la segunda. Además, evitaria al autor el trabajo inútil de buscar una medida al valor, como lo intenta en el pasaje siguiente:

"La medida del movimiento, dice la Romiguière, no puede ser sino un movimiento, la de una línea otra línea, la de una superficie otra superficie. La Romiguière pudo añadir,—la medida de un valor será otro valor.—Desgraciadamente, como todo valor es *esencialmente variable*, se sigue que no puede haber un *marco*, un *metro invariable* del valor, y que no se puede apreciar el *grandor absoluto* del valor de las cosas, sino solo el *relativo ó comparativo*." *Idem, núm. 391*.

Lo que nosotros creemos, es que, desde el momento en que la Romiguière hubiera reconocido que el valor era una *relacion*, una relacion de cantidad, no se hubiese molestado en buscar su medida, puesto que toda relacion es incommensurable.

"El precio, dice, en fin, M. Garnier, no es lo mismo que *el valor*. Este es una calidad general en las cosas cambiables; el *precio* es la medida en moneda del valor de un producto, actual, especial, despues del cambio. El precio supone el valor. Estas dos palabras expresan dos ideas que no deben confundirse; sin embargo, el uso les dá en muchos casos la misma significacion: pero atribuyendo al valor el sentido de precio especial, concreto, circunscrito, más bien que al sentido general de valor á precio." *Idem, núm. 410*.

A no ser porque el trueque implica la posibilidad de poderse llevar á cabo, independientemente de toda especie de moneda, jamás los economistas hubieran pensado en distinguir el precio del valor. En efecto, si todo cambio exige imperiosamente una moneda cualquiera, es decir, un instrumento de medida, puesto que no hay cambio que no implique medida, todo valor es un precio. La ilusion que ha hecho creer á algunos en la posibilidad de hacer cambios sin la intervencion de la moneda, procede de que en la economía ú organizacion de los tiempos primitivos, cuando no se hacian sino trueques, la moneda, no estaba como en nuestra economía más complicada y perfeccionada ya, reservada exclusivamente, ó poco ménos, á la funcion de medida: pero sería preciso cerrar los ojos para no ver que, cualquiera que ella sea, desempeña siempre esa imprescindible funcion. Dedicaremos algunas páginas más tarde al estudio de la moneda, harto mal hecho en general por los economistas más afamados.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX. *

(Continuacion.)

Parece que la tesis de Schopenhauer encuentra aquí una especie de confirmacion. Hartmann volverá á tomar varias veces este argumento y lo desenvolverá bajo todos sus aspectos. La conclusion es siempre la misma: es que el hombre adocenado es más feliz que el hombre de génio, el animal más feliz que el hombre, y en la vida el instante más feliz, el solo feliz, es el sueño, el sueño profundo y sin ensueño, cuando no se siente á sí mismo. Hé aquí el ideal vuelto del revés: «Que se medite en el bienestar en el que vive un buey ó un puerco. Que se piense en la proverbial felicidad del pez en el agua. Más envidiable todavía que la vida del pez debe ser la de la ostra, y la de la planta es aún muy superior á la vida de la ostra. Descendemos, en fin, por bajo de la conciencia y el sufrimiento individual desaparece con ella.» Hemos citado esta conclusion muy lógica de Hartmann porque contiene lo que puede llamarse refutacion por absurdo de la tesis pesimista. Conducida á sus últimas consecuencias, nos repugna, y repugnándonos, nos sugiere una respuesta muy sencilla. ¿Quién no ve que la ley de la vida así formulada no esté completa? Falta aquí una parte contraria, esencial. La capacidad de sufrir crece, bien lo comprendo, con la inteligencia. Pero es posible dudar que la capacidad para un nuevo orden de goces, absolutamente cerrado para las naturalezas inferiores, no se revela al mismo tiempo y que así los dos términos opuestos no crecen exactamente en las mismas proporciones? Si la fisiología del placer estuviese tan avanzada como la del dolor, estoy seguro que la misma ciencia positiva nos daria la razon, como lo ha hecho ya la observacion moral. La inteligencia dilata la vida en todos sentidos, esta es la verdad. El hombre de génio sufre más que el hombre adocenado, convenido; pero existen tan firme en su analogía misteriosa y en su con-

alegrías al nivel de su pensamiento. Yo supongo que Newton, cuando descubrió la fórmula exacta de la ley de atraccion, condensó en un sólo momento más placer que todos los burgueses de Lóndres reunidos pudieran disfrutar durante un año en sus tabernas delante de un pastel de venado y de su jarro de cerveza.—Pascal sufrió durante los treinta y nueve años que duró su pobre vida. ¿Se puede pensar que la vision clara y distinta de los dos infinitos que nadie hasta entonces habia alcanzado con mirada traste, se puede pensar que semejante vision no haya llenado este gran espíritu de una felicidad proporcionada á su grandeza, de una alegría cuya embriaguez traspasaria todas las alegrías vulgares y arrastraria consigo por un momento todas las penas? ¿Quién no querria ser más Shakspeare que Falstaff, Molière que el gentil hombre lleno de riqueza y de estupidez? Y en estas elecciones no vayais á suponer que el instinto nos engaña. Aquí no es más que la expresion de la razon: ella nos dice que vale más vivir «como hombre que como puerco,» aunque Hartmann pretenda lo contrario, porque el hombre piensa y el pensamiento, que es la fuente de tantas torturas, es tambien la fuente de alegrías ideales y de contemplaciones divinas. El colmo de la desgracia no es el ser hombre, sino siendo hombre despreciarse lo bastante para lamentarse de no ser un animal. No pretendo que estas lamentaciones no hayan existido nunca; pueden ser la expresion grosera de una vida vulgar que quisiera abdicar la pena de vivir, aunque conservando la facultad de gozar, y entonces es el primer grado del envilecimiento humano, ó bien el grito de desesperacion bajo el peso de un dolor demasiado fuerte, una turbacion y una sorpresa momentánea de la razon; en ningun caso se puede ver en ellas la expresion filosófica de un sistema. Semejante paradoja sostenida friamente por los pesimistas, subleva la naturaleza humana, que, despues de todo, en esta materia es la sola autoridad y el solo juez; ¿cómo es posible elevarse por encima de tal jurisdiccion?

Sin embargo, se ha ensayado. Schopenhauer ha comprendido que este es el punto débil del sistema, y por eso se muestra partidario de esta maravillosa invencion que ha hecho fortuna en la escuela, cuya huella hemos encontrado en el autor de los *Diálogos filosóficos*: nosotros no podemos fiarnos, dice, en este orden de ideas, del

* Véanse los núms. 202, 203 y 204, págs. 1, 33 y 73.

testimónio de la naturaleza humana, la cual es juguete de una inmensa ilusion, organizada contra ella por poderes superiores. El instinto es el instrumento por medio del cual esta triste comedia se juega á expensas nuestras: es el hilo por el que, como somos unos desdichados maniqués, se nos hace decir lo que no debíamos decir, querer lo que debiéramos odiar, obrar contra nuestro interés más evidente. Schopenhauer es realmente el inventor de esta explicacion que responde á todo. Invocais contra las teorías pesimistas la voz de la conciencia, el impulso enérgico de nuestras tendencias. Pues precisamente es esta imperiosa y falaz claridad de la conciencia, deponiendo contra la evidencia de nuestros intereses, la que prueba que es el órgano de un poder exterior, que toma su voz y su figura para convencernos mejor. Acudís á las tendencias; pero no veis que cada tendencia es como una pendiente secreta, preparada dentro de nosotros por un artífice ingenioso para atraernos hácia su objeto, un objeto enteramente distinto del nuestro, opuesto á los fines que debiéramos perseguir, y hasta contrario á nuestra verdadera felicidad?

Estas son las astucias de lo inconsciente de Hartmann, los fraudes de la voluntad de Schopenhauer. Es el «Dios malévol» de Descartes que ha remplazado al Dios de Leibnitz. Lo que no habia sido más que un juego de lógica completamente provisional, una hipótesis de un momento para Descartes, rechazada por la razon, llega á ser toda una metafísica, toda una psicología. Yo no la haré más que una simple objecion. Nosotros podemos sorprendernos de que «este fraude que es la base del universo» sea tan fácil de alcanzar y conocer. Se nos dice, que hagamos lo que hagamos, la naturaleza ó el Uno-Todo Inconsciente ó Voluntad, triunfará siempre, que ella ha arreglado demasiado bien las cosas, y compuesto los dados, para no alcanzar su objeto, que es engañarnos. Se nos dice eso, pero se nos prueba lo contrario. ¡Y qué! Este juego ha tenido éxito durante seis ó siete mil años y héle aquí repentinamente desenmascarado, denunciado como un juego en que la naturaleza nos estafa! En verdad que yo no puedo admirar un juego tan mal hecho en que un hombre de talento lee de corrido, percibe el fraude y lo señala. Esa gran potencia oculta y tenebrosa, que dispone de tantos medios, que

tiene tantos artificios, máscaras y disfraces á su disposicion, se deja sorprender tan fácilmente por algunos de estos pobres séres que trata de engañar. Es preciso creer entonces que no son simples mortales los que escapan á redes tan sábiamente tendidas, que las deshacen y las denuncian á los otros. Si fueran hombres debieran como los demás sufrir este maquiavelismo que los envuelve, que los penetra hasta el fondo de su sér, en su conciencia, en sus instintos. Sustraerse á él seria obrar fuera de esta naturaleza de la que forman parte. Para lograrlo es preciso ser algo más que un hombre, un Dios, algo en fin, que se halle en posibilidad de luchar contra este tirano anónimo y enmascarado que nos explota en su provecho.

Todo esto es una série de contradicciones manifiestas, simples juegos del espíritu, pura mitología. Pero admitida la contradiccion como base de la teoría; cómo se deduce y se explica todo! Si somos engañados nada más claro que la demostracion del pesimismo: se apoya precisamente en esta contradiccion fundamental de nuestros instintos y de nuestros intereses, de nuestros instintos que nos llevan de un modo irresistible á sentimientos ó actos funestos, como cuando tratamos de conservar una vida tan desgraciada ó de perpetuarla trasmitiéndola á otros que serán más desgraciados todavía.—El interés supremo de lo Inconsciente es opuesto al nuestro: el nuestro seria no vivir, el suyo es que vivamos nosotros y que otros vivan por nosotros. Lo inconsciente quiere la vida, dice Hartmann, que desenvuelve el argumento favorito de su maestro; por eso no deja de mantener entre los séres vivientes todas las ilusiones capaces de hacer que encuentren la vida soportable, y hasta que la tomen bastante gusto para conservar el resorte necesario del cumplimiento de su tarea, en otros términos, para concebir ilusiones sobre la desgracia de la existencia. Es preciso volver á la frase de Juan Pablo Richter: «Amamos la vida, no porque sea bella, sino por que debemos amarla; así que hacemos con frecuencia este falso razonamiento: puesto que amamos la vida, debe ser bella.» Los instintos no son en nosotros mas que fuerzas diversas bajo las cuales se despliega este irracional y funesto apetito de vivir inspirado al sér viviente por aquel que lo emplea en su provecho. De ahí la energía que gastamos tontamente para proteger

esa existencia, que no es más que el derecho á sufrir; de ahí también esos falsos juicios que formamos sobre el valor medio de los goces y de las penas que se derivan de este amor insensato á la vida: las impresiones que dejan en nosotros los recuerdos del pasado están siempre modificadas por las ilusiones de nuestras esperanzas nuevas. Esto es lo que acontece en todas las excitaciones violentas de la sensibilidad debidas al hambre, al amor, á la ambición, á la codicia y á todas las demás pasiones de este género (1). A cada una de estas excitaciones van ligadas algunas ilusiones correspondientes que nos prometen un excedente de placer sobre la pena.

A la pasión del amor es á la que el pesimismo hace una guerra más encarnizada. Se diría que existe un duelo á muerte entre Schopenhauer y las mujeres, que son los intermediarios del indigno fraude del que el hombre es juguete, los *instrumenta regni aut doli* entre las manos del gran estafador. En efecto, es en el amor donde sobre todo se descubren la mentira del instinto y la «sinrazón del querer.»—«Que se imagine, por un instante, dice Schopenhauer, que el acto generador no resulta ni de las excitaciones sensuales, ni del atractivo de la voluptuosidad, y no sea más que un asunto de pura reflexión, la raza humana, ¿podría subsistir? ¿No tendríamos todos compasión de esta nueva generación, y no querríamos evitarles el peso de la existencia, ó al menos no rehusaríamos el tomar sobre nosotros la responsabilidad de cargarles con él á sangre fría?» Por eso, para vencer estas vacilaciones que serían mortales al «querer vivir,» la naturaleza ha exparcido sobre los fenómenos de este orden toda la riqueza y la variedad de las ilusiones de que dispone. El gran interés del principio de las cosas, de esta voluntad engañadora, es la especie, verdadero centinela de la vida. El individuo no es más que el encargado de transmitir la vida de una generación á otra; pero es preciso que esta función se cumpla, costando al individuo su reposo, su felicidad, la misma existencia: á toda costa el principio inconsciente quiere vivir, y sólo por este miserable medio consigue sus fines: toma al individuo, lo engaña, lo quebranta á su gusto, después de haberlo elegido en condiciones especiales. De ahí ha nacido el amor, una pasión *específica*, que para ha-

(1) Filosofía de lo Inconsciente, cap. 13, parte 3.ª

cerse aceptar se disfraza como pasión individual y persuade al hombre de que será feliz, cuando en el fondo no es más que el esclavo de la especie, cuando se agita y sufre por ella, cuando por ella sucumbe.

Tal es el principio de la *metafísica del amor*, una de las partes más originales del *Mundo como voluntad y como representación*, y de la cual Schopenhauer dice modestamente (1), que la considera «como una perla.» Vuelve sin cesar sobre esta teoría que le era particularmente querida, en otros escritos suyos, en los *Parerga*, en las conversaciones inagotables que se nos han referido. A decir verdad, no es fácil encontrar «esta perla.» Schopenhauer trata esta delicada cuestión más como fisiólogo que como filósofo, con un refinamiento de detalles, un humor, una especie de jovialidad lúgubre que se complace en arrancar todos los velos, en desconcertar todos los pudores, en espantar todos los cantos británicos y otros, como para convencer mejor al hombre de la locura del amor. A través de las excentricidades y las enormidades de una ciencia técnica y que ningún escrúpulo detiene, consigue pintar con un asombroso vigor, bajo su punto de vista exclusivo, esta lucha dramática del genio de la especie contra la felicidad del individuo, este antagonismo, encubierto con flores y sonrisas, oculto bajo la imagen pérfida de una felicidad infinita, de donde resultan todas las tragedias y también las comedias del amor. ¿Qué hay en el amor más platónico? Un puro instinto sexual, el trabajo de la futura generación que quiere vivir á expensas de la generación presente, y la empuja á sacrificarse en aras de su ciego é irresistible deseo. Es lo que un poeta contemporáneo, pesimista á ratos, traducía en otro tiempo con esta salvaje energía:

«Estos delirios sagrados, estos descos sin límites, desencadenados en torno vuestro como ardientes fantasmas, estos trasportes no son más que la humanidad futura que se agita en vuestro seno.»

Los que aman, ¿saben lo que hacen? Arrastrados, cegados por el instinto que los deslumbra con su prestigio, no sólo trabajan en su propio infortunio (porque no hay amor que no ter-

(1) En las *Memorabilien*. Véase Riboto. *Filosofía de Schopenhauer*, pág. 126 y 129.

mine en catástrofes y en crímenes, ó por lo ménos en tédios irremediabiles y en un largo martirio); pero demás de esto, los imprudentes, los criminales, sembrando la vida, arrojan en el porvenir la simiente imperecedera del dolor: «Mirad esos amantes que se buscan tan ardentemente con la vista. ¡Por qué son tan misteriosos, tan temerosos, tan semejantes á los ladrones? Es que estos amantes son traidores, que allá, en la sombra, conspiran y tratan de perpetuar en el mundo el dolor; sin ellos cesaria; pero ellos le impiden detenerse como sus semejantes, sus padres lo han hecho antes. El amor es un gran culpable, puesto que trasmitiendo la vida, inmortaliza el sufrimiento.» Su historia se resume en dos ilusiones que se encuentran, dos desgracias que se cambian, y una tercera desgracia que preparan.—Romeo y Julieta, así explica el filósofo de Francfort en pleno siglo XIX, bajo los aplausos de la Alemania, sábia y literata, vuestra poética leyenda; no quiere ver bajo las mentiras del instinto que os engañaba, mas que la fatalidad fisiológica. Cuando habeis cambiado la primera mirada que os perdió, en el fondo, el fenómeno que se cumplia en vosotros, no era mas que el resultado «de la meditacion del génio de la especie,» que trataba de restablecer con vuestra ayuda el tipo primitivo «por la neutralizacion de los contrarios,» y que satisfecho sin duda de su exámen, desencadenó en vuestros dos corazones esta locura y ese delirio! Fué un simple cálculo de química. «El génio de la especie» juzgó que los dos enamorados se «neutralizarian mutuamente como el ácido y el álcali se neutralizan en una sal;» desde entonces la suerte de Romeo y la de Julieta fueron decididas. No más tregua: la fórmula química los condenaba á amarse; se amaron á través de todos los obstáculos y todos los peligros, se unieron á despecho del ódio y de la muerte. Murieron por este amor. No los compadezcáis: si hubiesen vivido, ¿hubieran sido más felices? Para la especie hubiese valido más; para ellos, no. Un prolongado hastío hubiera sucedido á la embriaguez y vengado al pesimismo. Romeo viejo y áspero, Julieta fea y gruñona, ¡gran Dios, qué cuadro! Dejemos á los amantes de Verona en la tumba que guarda su juventud, su amor y su gloria.

En toda esta química y fisiología del amor, Schopenhauer no tiene en cuenta para nada el fin verdadero que eleva y legitima el amor, re-

sarciéndole cien veces de sus sacrificios y de sus pesares, la formacion de la familia, y la creacion del hogar. Se puede medir esta felicidad por el dolor que inunda al alma cuando la muerte acaba de extinguir el fuego de este hogar y de romper sus piedras vivas. Schopenhauer olvida tambien la forma más pura que el amor puede revestir en el alma humana, gracias á la facultad de idealizar, sin la que no se explicará jamás ni la ciencia, ni el arte, ni el amor. Del mismo modo que una sensacion basta para excitar todas las energías del pensamiento y hacerle producir en ciertas circunstancias las obras más admirables del génio, en la que toda huella de sensacion primitiva se hubiere borrado, así es privativo del hombre el trasfigurar lo que no es más que un instinto animal y hacer de él un sentimiento desinteresado, heróico, capaz de preferir la persona amada á sí mismo, y la felicidad de esta persona á la persecucion apasionada del placer. Esta facultad de idealizar todo lo que le concierne, la ejerce el hombre á donde quiera que alcanza; gracias á ella es como el amor se transforma, cambia de esencia, pierde en su metamorfosis casi todo recuerdo de su humilde punto de partida. La ciencia vuelve á hallar lo universal en una sensacion limitada, el arte crea tipos que las formas reales sugieren y no contienen, el amor se emancipa del instinto que lo ha hecho nacer y se eleva hasta la abnegacion de sí, hasta el sacrificio. Hé aquí por donde el hombre se reconoce, por donde escapa á la naturaleza ó más bien se crea una nueva naturaleza en que su personalidad se consagra y se acaba.

Tal es en todas las cuestiones que tocan á la vida humana la enfermedad radical del pesimismo; el anterior es un ejemplo característico por el cual se puede juzgar la estrechez y la inferioridad del punto de vista en que se coloca la escuela pesimista para afianzar el valor de la vida, y declarar despues de examinado que no tiene ningun valor y que la mejor no vale tanto como la nada. Tendríamos que hacer las mismas reflexiones á propósito del método que emplea M. de Hartmann y de las conclusiones que saca. Se ha dedicado, como todos saben, á resolver este problema propuesto por Schopenhauer: «Dado el total de bienes y de males que existen en el mundo, hacer el balance (1).» De ahí un análisis

(1) Filosofía de lo Inconsciente; primer estado de la ilusion.

muy extenso de las condiciones y de los estados de la vida, bajo la relación del placer y del dolor. Se nos demuestra que la mayor parte de lo que se llaman bienes no son más que estados negativos, condiciones de un estado de indiferencia absoluta (salud, juventud, bienestar, libertad, trabajo) son simples capacidades de gozar, no goces reales, que son iguales al no-ser, que representan cero en el termómetro de la sensibilidad. En cuanto á las otras formas del placer son reales, pero cuestan más de lo que valen; se compran á cambio de un mayor número de males, descansan, pues, sobre una pura ilusión: son confundidos y revueltos los apetitos, el hambre, el amor, las alegrías de la familia, la amistad, el sentimiento del honor, la ambición, la pasión de la gloria, las emociones religiosas, la moralidad. Todo esto constituye una suma de placeres *subjetivamente reales*, pero fundados, sobre una ilusión, sobre un excedente de felicidad esperada y por consecuencia ilusoria. Por último, vienen los placeres *objetivamente reales*, son los goces de la ciencia y del arte; pero estos goces son muy raros y no están al alcance más que de muy pocos. Y estos pocos, por su superioridad natural, pagan el precio de sus ventajas; están condenados á sufrir más que el resto de la humanidad.

No entraremos en el exámen que ya ha hecho M. Alberto Reville de este balance de la vida. Lo que quisiéramos es determinar claramente la diferencia que hay entre estas dos cuestiones que los pesimistas confunden siempre: la del valor de la existencia para cada uno de nosotros y la del valor de la existencia considerada en sí, el valor relativo y el valor absoluto de la vida humana. La primera cuestión no es susceptible de una respuesta perentoria y todas las consideraciones sutiles destinadas á convencernos de que debemos ser desgraciados no son más que trabajo y tiempo perdidos. No hay medida comun entre los bienes comparados los unos con los otros, ni entre los males comparados entre sí, ni entre los bienes y los males: no es posible compararlos ni en el sujeto, ni el objeto, ni en el acto que los constituye. Aquí todo ensayo de análisis cuantitativo es quimérico; la cualidad de los bienes y de los males es el solo punto de vista de una comparación plausible; ahora bien, la cualidad no se puede reducir á números. No existe, pues, método de

determinación precisa, tarifa posible ni signo matemático ó fórmula que expresen el valor del placer y de la pena, y por consecuencia la idea de formar el balance de la vida humana es una quimera.

Hay felicidades tan vivas que un relámpago suyo desvanece una vida de miserias; hay dolores tan internos que devoran en un instante y para siempre una vida feliz. Por otra parte el placer y el dolor contienen un elemento subjetivo de apreciación, una parte completamente personal de sensación ó del sentimiento que echa á perder todos los cálculos, que escapa á toda ley de evaluación, á toda apreciación de fuera. Como decía graciosamente un crítico inglés (1): Usted prefiere sacarse una muela que le duele, yo prefiero soportar el dolor; ¿quién se atreverá á juzgar estos actos?—Uno prefiere casarse con una mujer hermosa y tonta, otro con una mujer fea y espiritual; ¿quién tiene razón?—La soledad es una pena insostenible para Vd., es un placer para mí. ¿Cuál de los dos se equivoca? Ni el uno ni el otro.—A un marinero inglés le gusta más su *gin* que el más noble *claret*; ¡demostradle que se engaña!—Tal de vuestros amigos adora las canciones bufas y bostezos con las sinfonías de Beethoven. Teneis el derecho de decirle que carece de gusto: ¿qué le importa? ¿Le impediréis divertirle?—Un hombre ha nacido con un organismo sólido, un cerebro bien constituido, facultades bien equilibradas; goza en la lucha, en el ejercicio de su voluntad contra los obstáculos, hombres ó cosas. Otro es enfermizo, tímido en exceso; su imaginación y sus nervios se abren á las impresiones exageradas; la lucha le aterra. Por éste es y no por el otro por lo que Hartmann tendrá razón al decir que el esfuerzo es una pena y la voluntad una fatiga. ¿Quién decidirá si este estado es en sí una pena ó un placer? El sentimiento del placer ó del dolor es el placer ó el dolor mismo, el sentimiento de la felicidad se confunde con la felicidad. Me decís que mi vida es mala; ¿qué me importa si yo la encuentro buena? ¿Estoy equivocado al ser feliz? Sea en buen hora; pero yo lo soy si creo serlo. Con la felicidad no sucede como con la verdad, es completamente subjetiva; si se durmiera siempre y se soñara que se era feliz, se sería siempre feliz.—Todo balance de la vida

(1) *Review of Westminster, January, 1876.*

humana, formado sobre el exámen comparativo de los dolores y de los placeres, es falso por su punto de partida que es la apreciacion individual de aquel que lo forma. Es preciso tener presente en estas evaluaciones, además de la parte del individuo, la del sistema y tener en cuenta la necesidad que se han impuesto de tener razon aún contra los hechos.

Queda la otra cuestión, la del valor de la existencia considerada en sí, el valor absoluto que ella encierra. Esta cuestión, la sola que importa, es la sola que han abandonado por completo los pesimistas; merece ser estudiada, sin embargo, pero no puede ser tratada mas que estableciéndola en un orden enteramente distinto de consideraciones. Reina en todo el análisis de M. de Hartmann un error fundamental sobre la significacion y el sentido de la vida. Si el objeto de la existencia es la más grande suma de goces, es posible que la existencia sea una desgracia.

Pero si Kant tiene razon, si el mundo todo entero no tiene más que una explicacion y un objeto, hacer moralidad, si la vida es una escuela de experiencia y de trabajo en que el hombre tiene una tarea que cumplir, aparte de los placeres que pueda gustar, si esta tarea es la creacion de la personalidad por el esfuerzo, la cual es la más alta concepcion que se puede formar de la existencia, el punto de vista cambia enteramente, pues que la desgracia misma es un medio que tiene su utilidad, sus consecuencias ordenadas y previstas en el orden universal. Desde entonces el sistema de la vida humana, tal como lo desenvuelve Hartmann, es radicalmente falso. Si realmente existe, como es posible y aun probable, un excedente de sufrimiento en el medio de la vida humana, no debemos apresurarnos á concluir por eso que el pesimismo tiene razon, que el mal de la vida es absoluto, que es incurable, que es preciso convencer á la humanidad de la sinrazon de vivir y precipitarla lo más pronto posible en el abismo del nirvana, por medio de expedientes más ó menos ingeniosos ó prácticos, sea por el ascetismo sistemático, que agotará las fuentes de la vida, como quiere Schopenhauer, sea por un *suicidio cósmico*, grandioso y absurdo, que es lo que propone Hartmann.—Este excedente de sufrimientos, si existe, es un título para el hombre y le crea un derecho. La vida, aunque sea desgracia-

da, vale la pena de ser vivida, y el dolor vale más que la nada.

E. CARO.

Trad. de A. P. V.

(Concluirá)

EL POETA Y NATURALISTA ALBERTO DE HALLER

Y LOS MÉRITOS DE LOS SUIZOS RESPECTO Á LA LITERATURA

ALEMANA.

El 12 de Diciembre de 1877 celebraba Berna (Suiza)—asistiendo á la solemnidad diputaciones de las Universidades de Goettinga, Leiden y Basilea—el primer centenario de la muerte de su primer hijo *Alberto de Haller*, el cantor inspirado y patético que de los Alpes, esas columnas del cielo, hizo monumentos de su gloria; el sacerdote de esa religion natural que tiene por templo el mundo y por altar el cielo; él, cuya poesia ha dado abundante fruto; él, que en su vastísimo saber, en la pasmosa universalidad de su esencia, se parece á los *Aristóteles*, *Alberto Magno* y *Leibnitz*, ocupando un lugar distinguido así en la historia de la literatura alemana como en la de las ciencias naturales, la botánica, la anatomía, la fisiología, la medicina, y siendo además de comercio tan íntimo con las nueve hijas de Mnemosyna y con la naturaleza matemático, estadista, filósofo y apolo-gista del cristianismo.

Como naturalista no hizo grandes descubrimientos como Copérnico ó Newton; como botánico fué superado por Linné, y como zoólogo debió ceder el puesto á Buffon; como escritor no tenia el espíritu de Voltaire, ni el vuelo altivo de Rousseau, ni la claridad clásica de Lessing; no era un matemático como su maestro Bernoulli, ni un filósofo como Kant; pero en estas disciplinas, en estas direcciones todas se acercaba tanto á los maestros más eminentes, que por su universalidad habia de figurar en la primera fila. Parece que no existieron las barreras de la perfeccion humana para ese mónstruo de actividad, ese espíritu culto y glorificado por la poesia, ese segundo *Alberto Magno* que, siendo grande de estatura, era aún mayor por su vastísima erudicion, por la fuerza de su observacion y de su memoria, por su carácter severo, por su ánimo noble, por su piedad profunda, y

que mostró tanto afán acerca de las cosas de su patria, la república de Berna, que bien puede ser tenido por modelo.

Alberto de Haller: ¡hé aquí, como dijo el emperador José II, *el génio unido á la virtud!*

Nació *Alberto* en 8 de Octubre de 1708, en Berna, de una estirpe no hidalga, pero distinguida, cuyo ascendiente, Juan Haller, murió en 1531 en el campo de batalla de Kappel, como amigo de Zwingli. Su padre, Nicolás Manuel, perteneció al foro de Berna. Débil de cuerpo, era el niño prodigio de precocidad, pero no siendo comprendida por los suyos su índole tranquila, se desarrolló por sí propio, gracias á su afán de saberlo todo, á su memoria, que no olvidaba nada, y á su diligencia, que coleccionaba y escribía todo lo que había aprendido. A los diez años de edad poseía ya los idiomas antiguos, incluso el hebreo, y desde que comenzó á usar de su razón, demostró amor señalado á la literatura, escribiendo poesías, y con facilidad igual sumó así consonantes como los sumandos de la adición aritmética. Estudió medicina en 1723 en la Universidad de Tubinga, y tuvo en Leiden los mayores modelos de su ciencia en Boerhave, el médico eminente, y en Albino, el gran anatómico. En 1727 se graduó. El trato con su íntimo amigo Juan Gessner, natural de Zurich, le hizo botánico, y en Basilea despertó Juan Bernoulli su pasión á las matemáticas que le dominaba tanto, que hasta en el día de sus bodas se ocupaba de cálculo integral. Desde Basilea emprendió con Juan Gessner su primera excursión por Suiza, á la cual faltaba desde hace cinco años, y que por eso hizo una impresión tanto más poderosa sobre su ánimo, inspirándole el poema *Los Alpes*.

Hasta entonces los poetas alemanes no habían cantado sino la belleza apacible del llano, el cuadro estrecho formado por el bosque, la selva y la pradera, los valles floridos y amenos, y los ríos alegres. Pero él cantó el primero en nobles y entonadas estrofas la naturaleza sublime y grandiosa de las montañas, cuyos picos se esconden siempre entre las nubes, y cuyo aire, según ha dicho un poeta, y yo creo que es verdad, debe hacer buenos á los hombres. Revelan los versos de *Haller* una observación original de la naturaleza, y la majestuosa nobleza y profundidad de su pensamiento, el alto-sentido moral y humanitario, y la vibrante y sonora contestura de la rima bastan para legitimar y confirmar el título de poeta al inspirado autor de los *Alpes*.

Si en sus descripciones detalladas de la naturaleza se proponía rivalizar con los paisagistas y pintores de flores, mereció las censuras de Lessing por haber traspasado los límites de la poesía; pero

aquellas pinturas son sólo cosas accesorias, pues la idea principal de su poema es el contraste entre la felicidad verdadera y la cultura; es la descripción de la vida sencilla y feliz de los habitantes de los Alpes, y su poema lo llamaremos la primera expresión poética de aquel anhelo hacia la edad de oro de la inocencia y de la pureza de costumbres que llenaba después los delicados y dulces idilios de Salomon Gessner, y las ardientes novelas filosóficas de Rousseau.

La poesía alemana del siglo xvii, contrastando con la genuina y popular del xvi que hablaba al corazón, no era sino gongorismo frío, teniendo por representante principal al bardo de Silesia: á Daniel Caspar de Lohenskein. Al culteranismo de éste le volvió la espalda el poeta hamburgués Bartoldo Enrique Brockes; pero no teniendo fibra artística, no teniendo alas para volar á las luminosas y transparentes regiones de lo ideal, cayó en la pedantería de un maestro de escuela y su musa era moralizadora más que divino génio de la belleza.

El suizo *Haller*, idólatra de las grandes ideas, é inspirado en nobles ideales, fué el primero que por sus poemas filosóficos volvió á dar á la poesía alemana un asunto grande y digno. Pero poeta *intelectual*, pensador más que vate de desbordada inspiración, el pensamiento estableció en su espíritu aquel nivel, aquel reposo, aquel equilibrio de las facultades creadoras, que si le ha apartado de las alturas y vuelos del génio, le ha librado de los abismos y caídas de la medianía. El, á quien por su sentimiento ético y su estilo elevado llamaremos el precursor del patético Schiller, no logró entrar en el templo sereno de la belleza como los héroes del *segundo* (1) período clásico de nuestra literatura, los Goethe y Schiller, pero él les abrió el camino; él dió impulsos á los Gellert, Uz, Evaldo de Kleist, y á las primeras poesías de Lessing y de Wielhand, y mereció los aplausos de Klopstock y de Herder. Lo que hallaba un acorde en su lira y una estrofa en su canto, pertenece á la esfera de reflexión más que á las de contemplación llena de fantasía. Como prueba de eso, bastan los epígrafes de sus composiciones: *Acerca de la razón, la superstición y la infidelidad; Acerca de la virtud; Acerca de la falsedad de las virtudes humanas, Acerca del honor; Acerca del origen del mal; Acerca de la eternidad.*

La poesía titulada *Acerca del origen del mal*, es, en cuanto á la idea, una reminiscencia de la *Teodisea* de Leibnitz; pero en cuanto á la ejecución, una creación original del poeta, y la composición

(1) El primer período clásico de la literatura alemana es el de los *minnesinger*.

Acerca de la eternidad revela su fuerza y claridad extraordinarias en representar lo abstracto de un modo sensual. Sólo raras veces hay en su poesía un asunto meramente lírico: encárnase el sentimiento en el verbo inspirado de su estrofa sólo cuando, como todo mortal, tenía su bautismo de lágrimas y cantaba la muerte de su esposa Mariana, y el amor, luz primitiva de todo arte y poesía, no le inspiró sino la composición titulada *Dóris*. Aventajaba á los vates que le precedieron, en la verdad de sentimiento, pues entre estos sólo el infortunado Günsher, por una honrosa excepción, sintió lo que expresaba en sus poesías. Si á las composiciones didácticas y á las sátiras severas de Haller les falta la gracia, en cambio, encantan por lo gráfico y breve de la frase, por la fuerza sublime, por la vibrante energía. Salieron las poesías en 1732, siguiendo la segunda edición en 1734.

La gloria de poeta del hijo de Berna la aumentó y la ennobleció, en concepto de sus contemporáneos, su gloria de sábio. Alberto, que de un niño débil se había hecho uno de los hombres más hermosos é imponentes, se estableció en su patria en 1729, mereciendo ya por su estatura el sobrenombre de *Grande*. Convidábale el ser bibliotecario, y como director de la biblioteca de la ciudad de Berna, lucía por aplicación y sapiencia, tanta como si durante su vida toda hubiese sido bibliotecario. Entretanto, sus obras científicas llamaron la atención del mundo culto, y en 1736 el rey de Inglaterra y elector de Hannover le ofreció la cátedra de anatomía y de botánica en la joven Universidad de Goettinga. *Haller* fué el adorno mayor de este estudio, y al poco tiempo fundó un teatro anatómico que superaba á todos los de su clase, y un jardín botánico que, por la copia de plantas raras, fué el más notable de Alemania. Tomó también la parte más activa en la fundación de la Academia de Goettinga y fué el alma de los *Gelahrten Anzeigen*, que hicieron de aquella población un foco de trabajos científicos y que aún existen. Y allí escribió sus tan notables como numerosas obras relativas á la ciencia de Hipócrates y de Boerkave y á la fisiología y anatomía. Como médico no tenía Haller por autoridad sino á la naturaleza y por piedra de toque de la verdad de teorías médicas el escalpelo con que ejecutaba la disección y los experimentos en los animales. Excitaron admiración universal sus *Commentarii ad Hermannii Boerhave praelectiones Academicas suas Rei medicae institutiones* (que formando cuatro tomos salieron en Goettinga de 1739 á 1744), sus *Elementa physiologiae corporis humani*, sus *Icones anatomicae* (que vieron la luz en Goettinga de 1745 á 1754), su *Ennumeratio plantarum helveticarum*, y así como los frutos de su laboriosidad excedie-

ron á lo comun, eran extraordinarios también los merecidos premios con que le honraba la Europa culta: las Academias le recibieron en su seno, los monarcas le colmaron de distinciones, el emperador de Alemania le hizo noble y las Universidades se les disputaron como al rey de los sábios alemanes.

Ensanchábase su corazón con ser llamado á la corte del gran Federico de Prusia, pero como hijo de la república de Berna, no conoció otra ambición más que participar de la vida política de su patria, y prefiriendo á los favores de los reyes el cargo más pequeño de Berna, trocó la actividad gloriosa de Goettinga con el empleo de *rathhaus-ammann* (que no fué sino una suerte de maestro de ceremonias) en la ciudad de su nacimiento. Aunque presentaba sus títulos académicos, sus trabajos científicos y sus libros poéticos, no eran estos en la aristocrática república de Berna, eslabones de oro por donde subiese con más firme pié y legítima gloria al templo del poder, sino que despaicio había de conquistarse empleos correspondientes á sus inclinaciones.

En 1753 fué director de la salina de Aelen (perteneciente á Berna), convirtiéndose el poeta en ecónomo, administrador y juez. Allí coleccionaba las usanzas y costumbres, reuniéndolas en un código, y se complacía en mejoras relativas á la agricultura, en la lucha contra las malas cualidades del terreno, escribiendo en una carta dirigida á Voltaire en 1759: «Una laguna seca, hé aquí la conquista que me place.» Vuelto á Berna en 1764 fué miembro del tribunal de alzadas, y fundó la Sociedad Económica de Berna y el seminario filológico de la misma población, y cuando el rey Jorge III de Inglaterra rogó en 1770 al Consejo de la República destituyesen á Haller para que éste volviese á la Universidad de Goettinga cual cancelario, la República le contestó que no podía echar de ménos los servicios de un ciudadano tan benemérito. Así le fijaron por siempre á Berna las sonrisas de la patria. Son de notar las novelas políticas *Usong* (que dió á la estampa en 1771), *Alfredo rey de los anglo-sajones* (que vió la luz en 1773), y el *Coloquio entre Fabio y Caton*, obras en que enalteció un sistema de gobierno aristocrático patriarcal, y su aspiración de justificar su fé, dió origen á un número de escritos religioso-filosóficos y polémicos. Estupendas son sus colecciones tituladas *Biblioteca anatómica*, *Biblioteca quirúrgica*, *Bibliotheca medicinae practicae*, en que con asombro de sus contemporáneos citaba y comentaba 52.000 obras científicas. Todas las suyas se elevan al número de 136, y escribió el francés é inglés con la misma facilidad y elegancia que el severo latín.

La larga y penosa enfermedad que puso fin á sus dias, robándole á la religion, á la pátria y á las ciencias, le sumergió por momentos en melancolía, pero no logró turbar la claridad y la libertad de su espíritu. El final, digno de su rica vida lo formó la visita que al anciano moribundo, al rey en la esfera del saber, le hizo el jóven y simpático emperador José II en 17 de Julio de 1777, despidiéndose ambos con las muestras más vivas de admiracion recíproca. Y en 12 de Diciembre del mismo año, se le acercó al sábio y piadosísimo Haller la muerte, «martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padecen y tributo que todos pagan.» (1) Pero la muerte no tenia horrores para quien sabía que no es la nada el fin de la existencia del hombre, sino que la vida de la virtud abre los ilimitados horizontes de la vida imperecedera, y para quien escribió en 1762. «Quisiera yo, si fuese posible, pasar á la posteridad como amigo de los hombres, así como soy amigo de la verdad.»

La *Walhalla* se gloria de su busto, y en tanto que Berna, en 12 de Diciembre de 1877, tejía coronas de alabanzas para la inspirada frente del poeta, del naturalista, del sábio, uno de sus deudos, C. L. Haller, depositó una siempreviva sobre su tumba, traduciendo al alemán uno de los discursos latinos que el gran hijo de Berna pronunció en 1747, como rector de la Universidad de Goettinga.

A mí, modesto biógrafo de los dos Albertos, el alemán Alberto Magno y el helvético Alberto de Haller, me sirve la biografía de éste de motivo para hablar de los méritos que los suizos han contraído respecto á la literatura alemana.

El documento más antiguo de la lengua germana es de origen suizo, perteneciendo á los primeros decenios del siglo VII, á saber el *Vocabulario latino-alemán* de que se sirvió San Gallo, natural de Irlanda, antes de saber el alemán, y que se halla en la biblioteca de San Gallen (Suiza). El monje Ratpert cantó en el siglo IX en alemán la vida de San Gallo; á dos monjes de San Gallen, Hartmuat y Werinbraht las dedicó Otfriedo, en tiempo de Luis el alemán, su *Armonía de los Evangelios*; y un monje de San Gallen, Ekkehart I, que floreció en el siglo X, fué uno de los primeros que representó en verso latino, un asunto de la epopeya germánica, las *Aventuras de Walter de Aquitania*. Lo mejor de la primitiva prosa alemana pertenece asimismo á los suizos y especialmente á San Gallen, por ejemplo, la pá-

(1) Fray Luis de Granada.

ráfrasis de los salterios debida, á Notker III, que murió en 1022, y las traducciones y comentarios del *Organon* de Aristóteles de los libros de Marciano Capella, y de un libro filosófico de Boethio.

De Suiza parece haber salido antes de 1190, una de las formas más predilectas de la poesía alemana de la Edad Media, los *leiches*, (1) así como antes en San Gallen, Notker Balbulus había inventado las *seeuencias*.

Como poeta épico de Suiza, mencionaremos á Rodolfo de Ems, que floreció en el siglo XIII, y ganó fama como autor de la leyenda de *Barlaam y de Josafat*, la de *San Eustaquio*, de una representación poética de la Historia universal, de una *Alexandreida*, de una historia de Guillermo de Orleans y del cuento titulado *El buen Gerardo*. Este Rodolfo de Ems llama su maestro á Godofredo de Strasburgo.

Un poema de éste, titulado *Tristan é Isolt*, y el de Wolfram de Eschenbach, relativo á San Guillermo, los terminó el suizo Ulrico de Turheim. Pero no se eleva éste por cima de lo vulgar. En cambio, había una pléyade brillante de líricos suizos, siendo el discípulo más aventajado de Walter von der Vogelweide el *minnesinger* Ulrico Singenberg (Thurgavia). Además mencionaremos á los *minnesinger*, Ulrico de Wintersteten; Rost, que cantó los amores, aunque fué sacerdote de Sarnen (Suiza); Jacobo de Warte; Rodolfo, conde de Nuenburgo; Enrique y Everardo de Sax (Rætia); Enrique de Rugge (Thurgavia); Walter de Klingen; Walter de Wengen, Enrique de Stretlingen (cerca del lago de Thun); conde Kraft de Toggenburgo; Conrado de Landegge (Thurgavia), Steimar; Conrado de Altstetten; Alberto de Rapprechtswil; Gast, Hesso de Rinach; Enrique de Tettingen, de Gliers y de Trostberg.

Asimismo fué suizo el maestro de la prosa, el piadoso y genial *Franciscano Bantoldo*, hijo de Winterthur, que en el siglo XIII peregrinaba por Alemania entusiasmado con sus sermones á millares de oyentes, que le acompañaban de población en población.

Fábulas llenas de buen humor, las escribió en Berna en el siglo XIV, el sacerdote Ulrico Bonerio, mientras en Zurich Rudigerio Manasse, que vivió hácia los años de 1300, coleccionó libros de cantos. En el siglo XIV encontramos á los poetas suizos, conde Juan de Habsburgo y Halbsuter de Lucerna, que cantó la batalla de Sempach.

Pasamos en silencio las cuarenta poesías que en

(1) *Leiche* se llaman en alemán canciones compuestas de estrofas diferentes respecto al número de los renglones, de las rimas y de las sílabas.

el siglo xv hizo el conde Hugo de Montfort, señor de Bregenza. Pero merecen los mayores elogios los historiadores helvéticos del siglo xvi, *Petermann*, *Etterlin de Lucerna* y *Egidio Tschudi de Glarus*, que siguieron á los Diebold Schilling de Soleura y Thüning Frickard de Berna. Como autor de una novela popular, escrita en 1470 y titulada *Melusina*, mencionase á un hijo de Berna, Thüning de Ringoltingen.

En el siglo de la reforma, se distinguió cual predicador *Geiler de Koisersberg*, que vió la luz del mundo en Schaffhausen. Conocidos son los méritos críticos de los suizos, *Juan Jacobo Bodmer* y *Juan Jacobo Breitinger*, los cuales, aunque no fueron verdaderos poetas, tenían un conocimiento de la esencia de la poesía verdadera. Citaremos los *idilios de Salomon Gessner*, que se distinguen por la armonía de las estrofas, y las entrañables y sencillas canciones de *Juan Gaspar Lavater*, el célebre hijo de Zurich. *Juan Gandonz de Salis-Semis*, que nació en los Grisónes, se hizo aplaudir por sus elegias, en que tomaba por modelo á Matthisson.

Como prosista, despues de Haller, debe citarse *Isaac Iselin* de Basilea, que por su obra titulada, *Conjeturas filosóficas acerca de la historia de la humanidad*, se hizo el precursor de Herder.

Para concluir diremos que gozan de fama universal el gran pedagogo y escritor helvético *Juan Enrique Pestalozzi*, y el eminente historiador *Juan de Müller*, y que merece un puesto distinguido en la historia de la literatura alemana de nuestro siglo, el pintor de la vida campesina *Jeremias Gotthelf* (pseudónimo, siendo su verdadero nombre A. Bitzius) cuyas novelas de costumbres de los aldeanos suizos, tienden á ennoblecer al pueblo como las novelas de *Fernan Caballero* y *Antonio de Trueba*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 7 de Enero de 1878.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

D. EMILIO CASTELAR.

Estudio.

(Conclusion.) *

III

Héme aquí dispuesto por breves instantes á colgar de aquel lloroso sauce de que en otro tiempo nos hablaba Nuñez de Arce, mis pobres atavíos de literato, para ceñirme á las costillas el sesudo paletó del escritor político. Habia prometido en la primera parte de este estudio no salir de la vida privada, pero como ustedes ven, no fué mas que por el gusto de contradecirme. La contradicción tiene para mí ciertos encantos, sobre todo desde que el cuarto estado de la inteligencia se ha pronunciado de un modo tan decidido contra ella. Las gentes honradas se dedican hoy á cazar contradicciones en los dramas de Echegaray, en las críticas de Valera y en los discursos de Castelar, con el mismo regocijo y solicitud con que tiran á los conejos en el Pardo. No es, por tanto, muy extraño que yo, devoto fervoroso de la moda, rompa con estas prácticas burguesas, y encaje una contradicción en mi discurso con el mismo desenfado que un elegante de Madrid se pone un rizo en medio de la frente.

Esto dicho, me contradigo y sigo. Viniendo de mecarme con todas las sonrisas y cefrillos del arte, no puedo menos de deplorar el tener que vagar ahora entre humeantes escombros. Y si se tiene en cuenta que no ha de faltar quien desde estos escombros me arroje algun ladrillo á la cabeza, mi conducta debe aparecer heroica. Sin embargo, rechazo toda admiración. Elegí de mi grado el papel de barquero, porque es mi deseo cantar en ramplona prosa unas cuantas verdades. Sé que con mi canto ahuyentaré de mi lado á muchos de mis amigos; pero, ¿qué me importa? ¿Es tan dulce quedar solo escuchando el aplauso de la propia conciencia!

La política no es el fuerte de los españoles. Hé aquí el primer recitado de mi barcarola. La política vale tanto en romance científico como "lo posi-

* Véase el número anterior, pág. 120.

ble" y los españoles aman con pasión lo imposible. De esto se deduce que implantar en España cualquier teoría, significa lo mismo que traerla por los cabellos y pasearla por todo el ámbito de la Península, contra la voluntad de Dios y de los hombres. Y hay que convenir en que nosotros hemos forzado á pasear muchas teorías sin lograr jamás domesticarlas. Pero de estas teorías indudablemente la más fea y desgraciada es esa libertad, abstracta, incondicional, casi infinita, que cierto partido demócrata ha tratado de hacer compatible con un poder tradicional. Aun suponiendo que esta abigarrada amalgama,—no es poco suponer,—fuese una verdadera armonía, ¿es posible, y si fuera posible, es conveniente para los intereses democráticos el arrojar á la deidad á quien rendimos culto, indefensa y desnuda en una nación donde cuenta tantos y tan poderosos enemigos? ¿No es exponerla torpemente á una muerte prematura? Cierro mis labios y dejo que por mí contesten los hechos de que todos hemos sido unos regocijados y otros tristes espectadores.

Otro elemento que pondrá siempre en peligro de muerte la libertad en España, es el socialismo popular que algunos alientan en las épocas críticas para que la borrasca los conduzca velozmente al poder. Hay muchos todavía que esperan vestirse de frac con los harapos del pobre. Este socialismo inconveniente y perturbador es nuestro enemigo nato, es la polilla que roe nuestros huesos: debemos luchar con él.

La democracia no puede tener en el día otro ideal que un gobierno apercebido siempre á defender la libertad contra las agresiones de propios y extraños, á reprimir los desafueros de todo elemento perturbador sea cual fuere. ¿Pero no vale más, me dirá alguno, un poder tradicional suavizado por el uso prudente de las libertades modernas que este gobierno fortísimo y temeroso? No, porque el poder tradicional tiene por genuinos aliados la Iglesia, la nobleza y todos los demás elementos tradicionales; tiene forzosamente sus ojos puestos en el pasado, mientras el gobierno que yo solicito, por robusto que él sea, los tiene fijos en el porvenir. Nos ofrece el sufragio universal como base del organismo político una completa y absoluta libertad religiosa, sin la cual no hay ni puede haber progreso en ninguna sociedad, completa también y absoluta libertad científica y de asociación. Con estas solas libertades, aunque las demás sufran alguna forzosa limitación, ningún país puede marchar hácia la tiranía, sino hácia una libertad cada vez mayor.

Todo el que se halle conforme con las breves precedentes observaciones, que con el mayor gusto ampliaría si no atendiese á más de una conside-

ción, habrá de convenir también en que no es sólo Castelar un *retórico*, sino un político. Bien que sea verdad que el prototipo del político sea muy otro en nuestra patria que el que Castelar representa, no es menos verdad que éste haya dado pruebas de estadista elevado y resuelto.

El político en España principia dirigiendo con feliz éxito unas elecciones en calidad de secretario del ayuntamiento, después las dirige y las gana como gobernador, y más tarde como ministro también las dirige y también las gana. De lo cual se deduce que aquí el mejor político es el que mejor *hace* una elecciones.

Pero aún hay en España otra especie de políticos de más estupenda y peregrina invención, el cual aspira nada menos que á regir los destinos públicos con la misma severa inflexibilidad que un moralista gobierna su conciencia. Para este político de nuevo cuño nada hay en la vida social que discrepe de la individual, ningún valor tienen las circunstancias del momento ni le aterran por ningún concepto los conflictos que pueden nacer de su obstinación. Es preciso marchar en línea recta hácia la verdad concebida, sacrificando, si es forzoso á la patria en holocausto de esta remota verdad.

Este puede recibir con menos razón aun que el anterior, el título de político. La política tiene un resorte que á cada instante es preciso tocar y los hombres de esta clase, ignoran dónde se halla el botón que lo mueve. Gobernar es transigir. Figuráos que este hombre de Estado y el que tiene el honor de ocupar vuestra atención con estos renglones (que no es más que hombre de su casa), se ponen en camino á un mismo tiempo para Pekin, y que nuestro político se empeña, contra todas las advertencias y observaciones de otros viajeros que han hecho la misma ruta anteriormente, en marchar hácia Pekin en línea recta, salvando bosques, ríos, cordilleras y escalando la muralla que rodea una gran parte del Celeste Imperio. Y que, por el contrario, este humilde servidor de ustedes comienza su peregrinación trazando enormes curvas, sorteando bosques, ríos, cordilleras y buscando con el mayor sosiego las brechas de la famosa muralla. ¿Cuál de entrambos calculan ustedes que llegará el primero á la capital de la China?

Pero este político suele acusar á los peregrinos que no le acompañan en su peligroso viaje, de falta de ideales. Ustedes ven ahora con cuánta sinrazón, puesto que los dos marchamos hácia Pekin.

Incurriría Castelar en una lamentable contradicción consigo mismo si rechazase de la vida pública, esta que es la condición esencial de toda vida, la armonía; si al tenor de otros menos avisados correligionarios se mostrase intransigente. Para mí

el decirse intransigente, no significa incluirse en ninguna de las grandes corrientes que cruzan el campo de la política, es confesarse enfermo. La intransigencia es una enfermedad del pensamiento, no es un partido político ni mucho menos una escuela científica. El que se haya asomado siquiera una vez á los balcones de la ciencia para otear sus vastos dominios, sabe muy bien que la verdad y el error no marchan por ellos sueltos y definidos, sino confundidos y revueltos y que es gran insensatez aceptar cualquier teoría sin reserva, como rechazar cualquier otra por entero. Pues si en la ciencia que es de suyo más sólida que la política no puede decirse de ninguna teoría que se halla desprovista *absolutamente* de verdad, ¿con cuánto más error condenaremos á perpétuo ostracismo en la vida del Estado, las opiniones y los intereses de una gran parte del país y los dejaremos sin ninguna satisfaccion?

Ni llamo yo político, ni nadie puede llamar con justicia, al que presume de infalible en medio de tan complejas relaciones y pretende una absoluta firmeza sobre un suelo tan falso y movedizo. Páreceme aún más digno de aquel título el que equivocándose confiesa ingénuamente su error y promete la enmienda, el que viendo los intereses de la patria en flagrante contradicción con sus opiniones las sacrifica gustoso, el que en épocas críticas sabe adoptar una resolución salvadora, el que sabe organizar lo desorganizado, y avenir lo que anda desavenido.

Castelar no es un político *geómetra* como apellidaba Talleyrand á los que buscan la exactitud en el arte del gobierno; pero en el corto espacio de tiempo en que rigió los destinos públicos, y sobre todo en la firme y resuelta actitud que adoptó despues, ha mostrado claramente que posee la primera de las cualidades que debe exigirse á todo estadista, esto es, un oído muy delicado para percibir las múltiples y sentidas reclamaciones de la opinion.

El párroco de mi pueblo, que es un terrible cazador de perdices y de ideas, y así que pone alguna bajo el cañon de su escopeta no se le escapa aunque en ello se empeñen todos los diablos y filósofos del infierno, profesa la opinion de que el político debe ser un hombre *muy largo*, cuánto más largo mejor, estrecho por consiguiente, es decir, que jamás se le vengan mientes de imaginar conceptos generales, ideas comprensivas, planes humanitarios ni ninguna de esas cosas que el pastor de sus ganados llama, estirando un poco el cuello, *pataratadas*. Las opiniones de la Iglesia han pesado siempre bastante en mi ánimo; así que muy formalmente traté de persuadirme de que toda la filosofía de la historia era una verdadera *pata-*

tada, pero ¡ay de mí! no logré convencerme: Y sigo pensando, aún cuando en ello comprometa gravemente la salvacion de mi alma, en la lógica histórica, en el progreso y en el poder de la razon humana. Tambien creo y confieso, para mengua de mis intereses espirituales, que el político no debe ser como el tonsurado cazador enseña, un hombre *largo*, sino más bien un hombre *ancho* ó que tenga las ideas amplias y posea las dotes necesarias para llevarlas á la vida. El estado de postracion y de miseria á que ha llegado nuestra política nos hace considerar como hombres de Estado á los que no son más que hombres de intriga, y cuando un político sano como Castelar aparece en la arena, con ideales firmes y probados, con la suficiente habilidad, prudencia y resolucion para llevarlos á la práctica, los unos por lo que tiene de ideal le llaman ideólogo, los otros por lo que tiene de práctico le llaman reaccionario. Bien se le alcanza á Castelar que hoy se ha hecho la soledad en torno suyo, por que no quiere alentar con su palabra ni con su actitud ilusiones quiméricas ni bastardas ambiciones; pero lo que tal vez no sabe es lo que ha tenido á bien comunicarme mi trasgo familiar (el cual, dicho sea de paso, mantuvo en otro tiempo relaciones muy íntimas con Tertuliano) y es, que si hoy somos pocos, tal vez no tardemos mucho en poblar las ciudades y en llenar las imprentas y las tribunas. Así sea.

IV

Cuando una idea baja de la *region de las madres* á tomar carne en un hombre, agota con habilidad que maravilla, sin distraer uno sólo, todos los recursos que nuestra naturaleza finita la ofrece para mostrarse admirable, y aparece el genio. Castelar ha encarnado en los tiempos presentes la idea de la elocuencia. El que desee ver claramente las pruebas de esta verdad no tiene más que examinar con cuidado su vida y sus escritos, y podrá observar con cuánta energía se muestra el orador en todos los rasgos del hombre y en todas las páginas del escritor. Leed cualquiera de las obras de Castelar y, sin daros cuenta de ello, vuestros lábios empezarán á moverse, pronunciarán al principio tímidamente aquellos tersos períodos, despues los dirán con énfasis, y al cabo de algun tiempo, si algo no os saca de vuestra distraccion, estareis declamando en alta voz. Es que por todas las páginas del libro corre y centellea la idea de la elocuencia; es que Castelar es siempre un orador.

¿Y qué es un orador? Otra vez escucho la voz de mi venerable párroco, que formula una definición tan breve cuanto sustanciosa. No oso transcribirla aquí; pero si alguno siente curiosidad por conocerla, diríjase á él en buen hora, que no dejará de repetírsela cuantas veces lo demandare.

Yo no estoy en ésta como en casi ninguna otra cuestión mundana ó extra-mundana, de acuerdo con mi párroco. El orador es para mí el hombre á quien Dios entrega la espada del espíritu, la palabra. Unas veces se sirve de ella para sacar muelas en la plaza pública, y otras para volcar los imperios. Pero esta espada sale alguna vez de las fábricas cerúleas, luciente y afilada como aquella de fuego que, al decir de las Biblias, un ángel esgrimió contra nuestros primeros padres á las puertas del Paraíso, y la Providencia las destina á los seres privilegiados como Castelar. Otras salen melladas y opacas como la que Bernardo usara en otro tiempo, y son las que el Padre Eterno regala á los seres que nacen sin privilegios como Perier.

La palabra de Castelar es una palabra exuberante, briosa, con todo el calor de la juventud. Es una palabra destinada á hacer la luz en el profundo piélago de nuestra política, sublime y aparatosa como la de Moisés, flexible y gubernamental como la de un lord.

Su espíritu recibe todos los días nuevos ensanches como las grandes poblaciones, y la palabra corre con presteza como medio de comunicación á infundir la vida y el movimiento en la nueva ciudad. Es una fuerza que sin cesar acrece, llenándose de todo lo sano que flota en el ambiente que se respira, y su palabra recibe en cada transformación un nuevo temple que la hace esclava, bella y sumisa de un pensamiento grande.

Mas esta esclava es una esclava india, no hay que dudarlo, y por más que en ocasiones vista á la europea y siga la moda de París, veo aprisionado en sus ojos el rayo de sol del Mediodía y en sus cabellos negros y sedosos contemplo las sagradas selvas del Indostan.

El *Consultor de los Párrocos*, que es, á mi juicio, el mejor periódico satírico que se publica hoy en España, y este servidor de ustedes, somos los orientalistas más pronunciados que se pasean por las calles de Madrid. La única diferencia que nos separa consiste en que yo me inclino hácia la India, mientras él dirige sus aficiones á los turcos. El docto colega convendrá, pues, conmigo en que la palabra de Castelar es asiática de pura raza, aunque bien se me alcanza que mi colega preferiría oírse expresarse en latín. Siempre es prudente que estas odaliscas se produzcan en una lengua sabia, como los atribulados suscritores que le exponen alguna vez sus dudas.

Castelar trae del Oriente el sentido poético de la naturaleza tan necesario para templar y vigorizar los vuelos harto descompasados del ideal en nuestra Europa. Su estilo es un estilo plástico y poblado de imágenes que giran en caprichosos pasos por delante de vuestros ojos con la sonrisa en los labios y apuntando al porvenir.

Nunca sumergisteis vuestra mirada en las profundidades del mar durante una tarde sosegada y dulce del estío, en una de esas tardes en que se muestra trasparente como una doncella que quisiera abrir su corazón? ¡Cuánto rico tesoro, cuántas espléndidas ciudades olvidadas para siempre en el seno de las aguas os hace ver la inquieta fantasía! Sumergidlas también en las profundidades de este estilo oriental, y alcanzareis á ver los prodigiosos tesoros y las maravillas que puede fabricar la palabra humana.

Es una felicidad para el Sr. Castelar no haber nacido en los tiempos de Neron ó de Calígula, porque su lengua admirable haría nacer indudablemente en aquellos insensatos la infernal idea de cortársela para servir de plato en sus festines.

¿Por qué no se mueve ya esta lengua en la cátedra del Ateneo de Madrid? ¿Por ventura teme la competencia de la hoja de Albacete que esgrime el P. Sanchez entre sus carrillos? ¿O le infunde pavor la brocha de polvos de arroz que Perier pasea dulcemente por su boca?

No dejo de comprender que la política es una amiga celosa y exclusiva que con frecuencia nos priva de cualquiera otra inocente distracción. Tengo presente demás, que usted, D. Emilio, necesita aprovechar todas sus fuerzas para llevar á feliz término la patriótica tarea que ha emprendido: ¿pero se figura usted que en el Ateneo no hacemos política? Vaya si la hacemos y muy flamante y muy seria (1). Si usted pensara en dar una vuelta por aquí, no dejaría de tropezar con algunos jóvenes de corazón sano y de mente vigorosa, discutiendo en voz un poco más que alta las más árdidas cuestiones de la ciencia del Estado. ¡Si viera usted que místicos andan y que desencantados! Entusiastas siempre de la libertad, pero aterrados ahora por sus excesos, se encuentran al borde del excepticismo, del cual sólo usted puede librarlos. Es necesario hacerles entender que aun hay para la democracia española una bandera, símbolo de progreso y compatible con la paz y la salud de la patria, y esta bandera es la que usted ha levantado valerosamente sobre los restos de un partido ensangrentado y delirante.

El Ateneo es un país neutral, es la Bélgica de

(1) La Academia de la lengua no permite que se haga política, pero la haremos á hurtadillas.

nuestra política, y aunque no pocas veces se cuele por sus rendijas y ventiladores el *simoun* de la pasión, usted sabe muy bien que los árabes llaman al *simoun* el hálito de Dios, y lo es en efecto. ¿Qué sería de una idea si la pasión no la cobijara bajo su manto de grana? Se moriría de frío. A este centro debe usted acudir nuevamente, porque este centro con sus pasiones, con sus indisciplinas, con sus deslices artísticos, hasta con sus conservadores, y á pesar de sus ultramontanos, sabe matener vivo el amor al estudio de los grandes problemas. Tiene una historia gloriosa, goza de un feliz presente, y si los grandes espíritus como usted no desertan de su modesto recinto, continuará empuñando en nuestra patria, con aplauso de todos, el cetro de la ciencia.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

EL CANTO DEL CISNE.

I

Hace escasamente tres años, á mediados del mes de Junio de 1869, recorría, para distraerme de mis males, algunos pueblos de las cercanías de Roma. Ya de vuelta de mis excursiones, y excasamente á una légua de la capital, me detuve en un pueblecito, verdadero arrabal de Roma, y en el que había un notable monasterio.

Era un domingo; el calor ahogaba materialmente, y la pereza me hizo no abandonar la cama hasta más de las nueve. Una de las cosas que me habían recomendado más eficazmente, era que no dejara de asistir á la misa mayor del monasterio, con objeto de poder escuchar el órgano, el más notable tal vez que existe en todo el reino de Italia.

Me vestí apresuradamente y corrí á la iglesia, sabiendo que, por fortuna, la misa mayor no empezaba hasta las diez, y teniendo, por lo tanto, que esperar todavía un gran rato á que empezase.

Después de concluidos los primeros cantos ordinarios de la misa, al ir á empezar la consagración, un torrente de armonía se esparció por la inmensa nave del templo, y con tan dulce música me creí un momento trasportado á la region de los buenos espíritus.

Aquellas notas mágicas que, al desprenderse del

órgano sonoro, inundaban al alma de felicidad, haciéndola soñar con el Sér Supremo y entrever las dichas del futuro, más que obra de humano ingenio, parecían esos dulces arrullos con que los ángeles duermen á los justos en la region del Eterno.

Apenas concluida la misa, atropellándolo todo, subí al coro, y dirigiéndome al monje que aún expresaba las últimas notas de la melodía, preguntéle ansioso quién era el autor de aquel poema de dulzura, de aquellas notas mágicas, capaces por sí solas de crear un Dios y de enardecer la fé máe apagada.

—Es una historia,—me contestó,—que no tengo tiempo ahora de contaros; si quereis saberla aquí os espero después de vísperas esta tarde, y solos, sin que ningun ruido pueda estorbarnos, es la contaré toda. Nadie mejor que yo puede saberla, he sido actor en ella y su recuerdo quedó en mí tan grabado, que en vano trataré nunca de borrarlo de mi imaginación.

Mi curiosidad aumentó, si cabe, con las palabras del religioso; no era ya sólo el deseo de conocer el nombre del autor de tan hermoso canto; era la curiosidad de conocer su historia un nuevo aliciente que me empujaba á no faltar á la cita que me habían dado.

Siempre que se espera, el tiempo parece gozar en ir despacio; las horas, pues, que trascurrieron desde la misa hasta la cita fueron un siglo para mí.

Por fin llegó el momento deseado, las vísperas habían concluido, y encontré al monje en el sitio que habíamos convenido.

La Iglesia presentaba un aspecto fantástico, la luz apagada del crepúsculo penetraba por los pintados vidrios de las naves, y un último rayo de sol hería el manto de oro de la Madona que ocupaba el sitio preferente de la Iglesia; un silencio sepultral nos rodeaba, y sólo de vez en cuando, se oían en el exterior los trinos de las aves que volaban al nido huyendo de la noche.

El monje, que tan amable se había mostrado conmigo, parecía tener sesenta á setenta años; su luenga barba blanca le cubría completamente el pecho, y en sus pupilas, sobre las que pesaban los años, aún podía descubrirse una chispa del fuego de la vida, semejante á aquel rayo de sol que penetraba por la ventana.

—Oídme bien,—empezó,—y os ruego que no me interrumpais si quereis conocer toda la historia: guarda tanta tristeza para mí, que con sólo un momento que interrumpiese mi relación, las lágrimas ahogarian mi voz y me impedirían por completo el continuar.

Lo prometí así, y la historia que sigue fué la relación del monje; estoy seguro de no haberla va-

riado: en mí, como en el monje, se grabó para siempre en el corazón.

II

Vivia hace algunos años en este pueblo un honrado maestro de escuela llamado Bezzo, que ganaba el sustento á fuerza de ejercitar su paciencia con todos los niños de la villa.

Viudo á los dos años de casado, como fruto del amor de su esposa, le habia quedado un niño que, desde la más tierna edad, habia demostrado dotes especiales de comprensión y de talento.

Mil veces nos complacíamos en el monasterio en hacerle preguntas, á las que contestaba con tal oportunidad y con tanto juicio á veces, que nadie dudaba en vaticinar á aquel pequeño ser un porvenir más hermoso que su presente.

Desde los doce años su afición á la música se habia desarrollado notablemente, y su padre, para darle gusto, le llevó á Roma y consiguió para él una plaza de niño de coro en la gran Basílica.

Tres años despues murió el pobre maestro de escuela y perdimos de vista por completo á su hijo, cuyo paradero entonces ignorábamos.

Ya nadie se acordaba de aquel niño, que en otra época fué la delicia del pueblo, cuando un dia, hará cinco años de esto, le vimos aparecer en el pueblo é instalarse en su casa, que habia permanecido cerrada desde la muerte de su padre. Supimos que, habiendo aprendido la música en el Conservatorio de Roma y adoptado el apellido de su madre, habia recorrido las principales ciudades de Italia, arrastrando una existencia miserable, y encontrando en todas partes para su talento, ó el menosprecio ó la indiferencia.

Tenia entonces veinticuatro años; la edad de las ilusiones, época feliz en que se recibe el sueño sonriendo, y en que se sonríe al despertar. Para él no habia habido, ni habia en aquella hermosa época de la existencia, mas que lágrimas tan amargas como la hiel del desengaño.

Cansado, desengañado, triste, sin esperar de la suerte más que reveses, se retiraba al pueblo de su nacimiento para buscar en el recuerdo de sus primeros años la tranquilidad y la fé que le faltaban.

Un dia, el prior de nuestro convento quiso ver por sí propio los adelantos que en el transcurso de los años habia hecho. Este mismo órgano fué el instrumento elegido por el prior; toda la comunidad asistia.

Me acuerdo bien; de sus ágiles dedos parecia brotar como fuentes de perlas las inspiradas me-

lodías de Bellini, las armónicas dulzuras de Rossini. El prior y todos quedamos encantados de su notable ejecucion, y no pudimos ménos de aprobar con prolongados murmullos, á pesar del sitio en que nos hallábamos y de nuestro carácter religioso, una bellísima composición original.

Apenas concluido aquel especie de ensayo, el prior abrazó al neófito maestro, encargándole, como primer paso de su carrera de gloria, una misa para el dia de la Concepcion, gran solemnidad á la que asiste todo Roma y casi siempre el mismo Papa.

Radiante, loco de alegría y de felicidad, salió el pobre jóven de la iglesia; viendo en un momento rasgarse el velo de su desdicha, y entreviendo por entre las sombras de su esperanza la luz de su fortuna y de su gloria.

Todos esperábamos anhelantes el dia 7 de Diciembre, que era el señalado para el ensayo de la nueva misa, y nadie dudaba que la obra del jóven compositor seria tan notable como prometia su talento y su disposición.

La tarde del dia 7 pasó, sin embargo, sin verle aparecer por el convento.

El prior mandó á buscarle y se presentó á él á más de las nueve de la noche.

A pesar del tiempo trascurrido aún veo pintada ante mis ojos aquella fisonomía.

Pálido, desencajado, temblando como un azogado, se presentó ante el prior y yo, que, como organista del monasterio, asistia á la entrevista.

Habia compuesto la mitad de la misa, pero la última mitad, lo principal, le habia sido imposible componerlo: todo lo encontraba frio, malo.

El prior, apurado porque, confiado en él, no habia hecho el encargo á ningun otro compositor, le faltó poco para insultarle, y ponderaba cuánta no seria su vergüenza al encontrarse á la siguiente mañana, con ver alterada por primera vez, que se faltaba á la costumbre de estrenar misa en aquel dia, costumbre inveterada en los anales del monasterio.

—Hay un medio,—dijo el músico,—de que pueda estar concluida mi misa para mañana. Dejadme esta noche, y tal vez el silencio y la grandiosidad imponente del templo trocará mi esterilidad en fecunda inspiracion.

—No tengo inconveniente,—contestó el prior;—pero, ¿cómo es posible, aunque concluyais vuestra misa esta noche, que pueda mañana tocarla el señor?—dijo dirigiéndose á mí.

—Yo me quedaré con él,—interrumpí,—y así, desde el momento en que concluya, podré empezar mis ensayos y todo saldrá bien á la hora de la misa.

Conformóse el prior, aunque desconfiando siem-

pre del éxito, y los dos, después de haber hecho colocar una mesa con tintero y luces en el coro, nos fuimos á nuestro puesto.

Pasaban las horas y la inspiracion parecia huir más bien que acercarse de nuestro lado.

Rendido por el sueño, y con el objeto de combatirle, me acerqué instintivamente al órgano y dejé vagar mis dedos sobre sus teclas sin rumbo fijo; ni yo mismo sé lo que toqué.

De repente el jóven, que hasta entonces habia permanecido abstraído ó dando muestras de desesperacion, me manda callar, y cogiendo febrilmente la pluma imprime en el papel durante media hora nota tras nota, con increíble rapidez, cayendo al acabar como aletargado sobre su propia obra: acerquéme entonces con curiosidad, y al apartar su mano para coger los papeles, noté que ardian y que su pulso, más que corriente circulatoria, parecia duro golpe de martillo; la fiebre debia devorarle.

Coloqué delante de mí los papeles; puse en movimiento la máquina que, á manera de la de un reloj, movia por sí sola los fuelles, y fijando mi vista sobre las notas y mis dedos sobre las teclas, empecé á hacer práctica aquella teoría.

No puedo describir lo que al tocar pasaba en mi sér; vos habeis oido la misa, y comprendereis lo que pasó por mí en aquel momento. Leia las notas con pasmosa rapidez y adivinaba lo que no leia; el hálito del génio que habia animado al compositor me empujaba á mí con su potente mano, elevándome á mayor altura de mi mérito.

Apenas interpreté una vez aquellas melodías las retuvo intactas mi memoria, y apartando los papeles de mi vista, las empecé de nuevo.

El sol habia empezado su carrera hacia mucho tiempo, y la iglesia se hallaba iluminada de esa luz roja con que se adorna el sol por el Oriente. El pobre autor me miraba fijo y parecia beber su inspiracion. Aquel día no habia más misa en el convento que la solemne, y esto nos permitió poder repetir la composicion hasta la hora de la solemnidad.

Todo estaba ya tranquilo en el convento, no habia ya miedo de que se faltase á añejas costumbres, y el prior, que ya habia oido la preciosa música, habia visto coronadas todas sus esperanzas.

Mientras la ceremonia, se prohibió subir á todo el mundo al coro, excepto á los padres encargados del canto.

El pobre autor permaneceria en el mismo sitio en que habia estado toda la noche, descubriéndose en su encendido rostro y en sus ojos enrojecidos, que la fiebre hacia en él progresos alarmantes.

Muchas veces le dirigimos la palabra, pero no nos contestaba y señalaba sólo á los papeles de música y á su cabeza: á veces parecia loco, á veces

parecia que su vida iba á escaparse en un momento.

La misa comenzó; lo más culto, lo mejor de Roma llenaba el templo, y el Papa, con el Sacro colegio, ocupaba la derecha del altar mayor. Lo que vos habeis sentido, lo que sentí yo, lo sintió todo el mundo, y puedo juraros que nunca he tocado ni tocaré nunca el órgano con tanta vida, con tanta expresion como entonces lo hice.

Acabada la ceremonia, el Papa quiso conocer al autor, y lo mandó llamar; pero le hicieron saber que la fiebre habia aumentado en él de un modo tan alarmante, que era imposible hacerle mover ni comprender nada.

Ansiosos todos de conocer aquel portento, por ninguno hasta entonces apreciado, subieron al coro para felicitarle y tal vez recompensarle desde entonces como merecia.

Un mudo estupor se apoderó de cuantos subian al contemplar el cuadro que se desarrolló á su vista; inmóvil sobre el sillón que le servia de asiento, sin más movimiento que el que en su pecho producía una entrecortada respiracion, se hallaba el que, con su talento, habia hecho tan felices á todos pocos momentos antes.

Una dulce sonrisa se dibujó un momento en su apagado rostro, volviendo á caer pesadamente en la misma posicion que ocupaba.

Los ángeles, para quien habia compuesto aquella música, recogieron con cariño su alma, trasportándola entre sus propias notas hasta el trono de Dios. Su propia emocion le habia matado.

Un silencio sepulcral siguió á la muerte del pobre autor y no hubo unos ojos que no pagasen el tributo de una lágrima á la memoria del malogrado génio.

Por un privilegio especial, el Papa ordenó que se le diera sepultura en este mismo coro: en esa pared podeis ver aun la lápida, en ella teneis el nombre del que me hace llorar con su recuerdo. Y acercando la lámpara que hasta entonces nos habia alumbrado, leí lo que con tanto deseo queria conocer:

„Luigi Precciani.“

III

Cuando abandoné el convento daban las nueve de la noche, y el toque de oracion me fué acompañando hasta mi albergue: la série de reflexiones que se me ocurrieron podian ocupar un libro, pero todas pueden reducirse á una consecuencia de las demás: que la felicidad, la gloria y la fortuna son el canto del cisne: sólo suenan para el hombre en el último instante de la vida.

LUIS DE SANTA ANA.